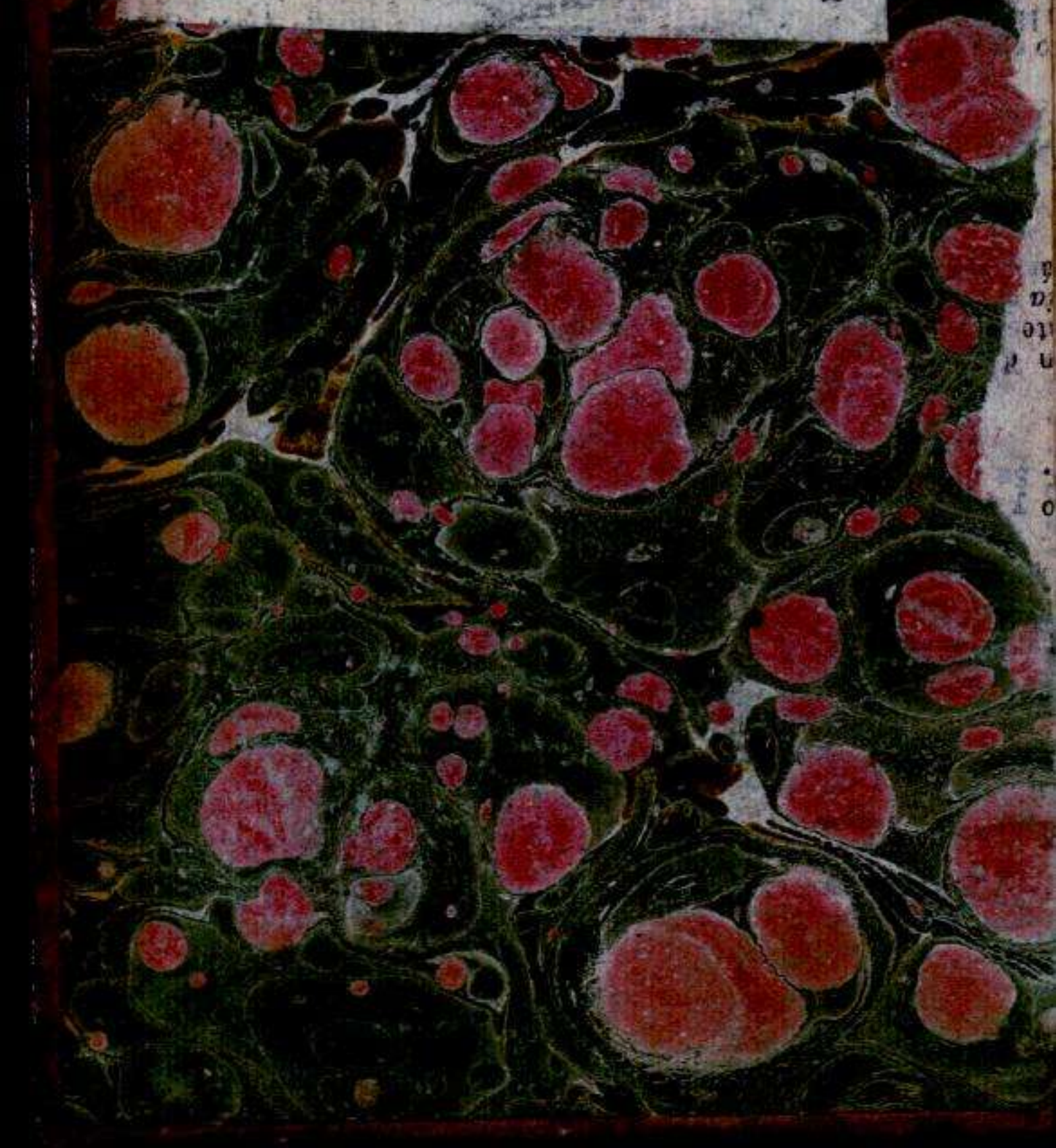




TALLER DE ENCUADERNACION
de la Librería Moderna de Contrastin
calle de Algarbe y Arlaban. Jerez.



1517

LA CAMARERA

Federico Soulié.

LA CAMARERA.



ESTABLISSEMENT DE LA BIBLIOTHEQUE
182
calle del Sordo
25

~~135~~
736

J. GONZALEZ A. M.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
calle del Sordo, n.º 11.

1510

LA CAMARERA

POB

Federico Soulié.



MADRID: 1840.

En el Gabinete literario,

CALLE DEL PRINCIPE, N. 25.

M

1840

LA GAZETTE

FOR

THE EAST INDIES.



MARCH: 1840.

Printed by G. G. & Co. at No. 22.

Printed by G. G. & Co. at No. 22.

reserva en el fondo de que no estoy se-
guro de que los personajes de que hablo
mrito tales honras, no obstante, si bien en
aquella época eran ya de edad bastante
avanzada para que las inmediatas
felicidades pudiesen tener algún pres-
tigio á cuenta de la fortuna, basta
que yo diga realmente que este papete

I.

de villa está situado en medio de las
Alpes; amurallada, con un número de
casas apenas suficientes para alojar á sus
habitantes, con unas calles tan estre-
chas que una mala estrochadura de una
de sus aceras, y cuando acostaba que una
coche entra por cualquiera de las más
principales, no tiene otro remedio sino

--Durante este tiempo, nosotros re-
tozábamos con las camareras de las se-
ñoras.

Pero en verdad no puedo continuar
el relato sin explicar quien era el in-
dividuo que lo comenzó de un modo
tan caballeresco.

En el año de 1820, bien joven aun
habitaba yo una pequeña villa de pro-
vincia cuyo nombre me permitireis que

reserve en atencion á que no estoy seguro de que los personajes, de que haré mérito despues, no existen, si bien en aquella epoca eran ya de edad bastante avanzada para que los inmediatos herederos pudiesen tomar algun préstamo á cuenta de la herencia. Basta que yo diga solamente que esta pequeña villa está situada en medio de los Alpes; amurallada, con un número de casas apenas suficientes para alojar á sus habitantes, con unas calles tan estrechas que una mula cargada ocupa de una á otra acera, y cuando acontece que un coche entra por cualquiera de las mas principales, no tiene otro remedio sino salir por el extremo opuesto, pues dar la vuelta es imposible. En fin calculadas todas las distancias, la villa que nos ocupa podria bailar con desahogo un vals en la plaza de Carrousel (1) y sin embargo contiene una poblacion de seis

(1) Plaza de Paris situada al oriente del palacio, muy espaciosa de figura casi cuadrada y dividida en dos partes por medio de una reja. Derivase su

mil habitantes. Seis mil habitantes es más de lo que se necesita en una villa cualquiera para que esten representadas las diversas clases de la sociedad y por lo tanto mi villa poseia una coleccion de toda clase de orijinales. Aunque pequeña tiene sus tres categorias; nobles, labradores y comerciantes, que se detestan, se calumnian y se ridiculizan con tanta mas ventaja cuanto que todos los defectos de las tres categorias conservan alli su pureza orijinal.

No me parece necesario referir aqui por qué razon me hallaba en los Alpes en setiembre y octubre de 1820; baste saber que ni el deseo de admirar la naturaleza ni ningun otro asunto importante me habian llevado alli; pero el hecho es que estaba el dia que se anunció el nacimiento del duque de Burdeos. El subprefecto... (ya ven vds.

nombre de una fiesta extraordinaria que dió en ella Luis XIV los dias 5 y 6 de junio de 1662. Esta fiesta compuesta de cabalgatas y bailes tomó el nombre de *Carrousel*. (Nota del traductor).

que habia un subprefecto y mucho temo que antes de acabar mi historia no se me escape el nombre de la villa) como decia; el subprefecto creyó conveniente dar un baile. Por otra porcion de razones que tampoco creo conveniente decir, no podia dispensarme de asistir al baile y asi se lo ofreci á Mr. Brisard.

Tenia yo entonces diez y nueve años; joven quanto puede serlo el que apenas ha conocido el amor porque hasta entonces el hombre es un niño. Mas tarde principian los desengaños y por consecuencia se empieza á envejecer. Tenia como he dicho 19 años y sin embargo este baile me causaba un insoportable fastidio. Voy á dar las razones.

Mr. Brisard era un antiguo amigo de mi padre, mi presencia en su casa podia comprometerle gravemente y sin embargo atendiendo mas á sus recuerdos amistosos que á sus deberes de magistrado, no solo me habia permitido residir en su villa que gobernaba, desde

donde podia pasarme á Italia en dos saltos, sino que me cedió una habitacion en su propia casa. Era un viejo solteron, antiguo subprefecto del imperio que la restauracion habia desterrado á este pais que él gobernaba con resignacion, esperando concluir el tiempo necesario de servicio para obtener su retiro, unica fortuna que se podia prometer.

De continuo se veia el buen hombre amenazado por la congregacion, que trabajaba bajo de cuerda para desembarazarse de un liberal que no iba mas que á misa; por la nobleza que miraba en él un bonapartista que habia servido á la tiranía del usurpador y mal visto por los labradores que afectaban menospreciarlo como á un hombre vendido al poder, como un traidor que habia olvidado los favores de su bienhechor. Entre estos tres escollos Mr. Brisard marchaba con admirable impavidez, haciendo todo el bien posible por el pais, mejorando los caminos, manteniendo en buen estado un canal que

daba agua á una docena de molinos, empedrándo las calles y solicitando la disminucion de contribuciones. ¡Infeliz! Cuando mandaba echar piedras en los hoyos de los caminos, la alta aristocracia decia que era con intencion de que volcasen sus carruajes. Si mandaba limpiar el canal, el comercio decia que era porque el principal molinero, rico propietario le proveia *gratis* de harina de avena y de forraje para sostener su caballo, y por último sus solicitudes por la disminucion de impuestos desiguales que pesaban sobre la clase mas miserable de la poblacion suponian los liberales que tenia por objeto reducir el número de electores. Sin embargo Mr. Brisard hubiera acabado por vencer todas las oposiciones, sin una circunstancia que lo desconceptuó para siempre entre sus gobernados. Permitáseme referir la historia.

En esta villa el pavimento de las habitaciones bajas de las casas principales es de piedra y el de las demas embaldosado. El palacio de la subprefectura

estaba del mismo modo á pesar de haber sido en otro tiempo residencia de un obispo. Sea que Mr. Brisard tubiese frio en los pies, ó que quisiese con el ejemplo introducir algunas comodidades en la existencia miserable del pais, el heche es que dispuso poner un entarimado en su salon; no un entarimado de lujo ni aun de madera fina siquiera, sino un entarimado suficiente para igualar y hacer menos desagradable el piso. No bien se supo este proyecto cuando resonó un grito universal de indignacion y de sorpresa.

--«¡Como! decian los realistas, ¿ese ateo necesita un entarimado!.. el palacio donde todos los santos obispos de nuestra villa han habitado, cuando nuestra villa disfrutaba su dicha de tener obispos, este palacio no basta á un viejo rebelde que no ha comulgado ni una sola vez desde que está en el pais! ¡Es un escándalo que solo se vé en estos tiempos!...

—¡Un entarimado! gritaban los liberales; he ahí en lo que se emplea el dinero de los contribuyentes (es de notar

que el subprefecto pagaba el pavimento de su bolsillo.) Un entarimado! para eso sirven las prebendas que un poder corruptor prodiga á sus satélites.

— ¡Un entarimado! esclamaba la nobleza; yo soy baron, vizconde ó marqués y no tengo entarimados. ¿Y para quien? ¡Para el hijo de algun carnicero! ¡Es una imprudencia que merecia castigarse arrojándolo por una ventana!

El pavimento fué una falta administrativa de la mayor consecuencia; pero ó bien porque la turba de aduladores de que Mr. Brisard estaba rodeado, turba compuesta de dos oficiales de la subprefectura y del recaudador particular, no dejase penetrar el público rumor hasta el magistrado, ó por cualquiera otro motivo desconocido, el hecho es que perseveró en su fatal idea del entarimado mandándolo ejecutar á su costa con un roseton en medio. El roseton esasperó á los mas moderados y los gritos llegaron al cielo.

Sin embargo cuando Mr. Brisard concluyó su pavimento quiso inaugurarle

y dispuso dar un baile con cuyo motivo se organizó una conspiracion que debia hacerle sentir los inconvenientes de su entarimado.

Por lo que llevo dicho mas arriba se puede comprender facilmente que el uso de los coches era del todo desconocido en nuestra villa. Los zuecos no se habian inventado todavia y aun cuando asi no fuera alli no podrian servir entonces ni ahora para mas que para romperse algun miembro ó hacerse alguna contusion, porque este bendito pueblo construido en la falda de una colina, no tiene una sola calle plana y para andar es preciso siempre subir ó descender. Ademias la nieve que principia á caer á mediados de octubre y no lo deja hasta el mes de abril, se endurece y forma en cada calle una sepecie de montaña rusa dificil de recorrer. Para obiar este inconveniente los moradores llevan en el invierno unos chanclos de suelas dobles, armadas con puntas de hierro que se clavan en la nieve y les impide caer. Dificil es creer que sea verdad lo que

voy á referir, pero puedo asegurarlo bajo el juramento mas solemne.

Todos los habitantes del pais hallaron admirable la idea de ir al baile con los chanclos con puntas de acero y despedazar con ellas el entarimado del sub-prefecto, como lo habian despedazado con sus lenguas viperinas. Conforme se dijo asi se hizo: todo el mundo entró en el salon con sus chanclos guardando una admirable sangre fria! las puntas se clavaban en la madera y era digno de verse el espectáculo que formaban los concurrentes haciendo esfuerzos para mover sus piernas cuando intentaban moverse de un lado á otro; el sub-prefecto comprendiendo el motivo de tan singular leccion estaba avergonzado sin atreverse á mandar que principiaran las contradanzas. Pero desgraciadamente para él la confusion se hizo jeneral y los autores del chasco experimentaron toda la rabia que anima á los hombres que se ven acometidos con las mismas armas con que intentan castigar á otros.

Entre las personas á quienes habia parecido admirable la burla se contaban en primer lugar Mr. Dival y su esposa. Mr. Dival era negociante, es decir, mercader de paños por mayor, y de dinero por menor; pues robaba algo en la medida, y prestaba á interés por semana: pasaba por el mas rico del pais, y desempeñaba bastante bien con su persona el papel de hombre millonario. Su corpulencia era tan desmedida que su cara aunque tan ancha como la luna; cuando aparece sobre el horizonte, parecia estrecha al lado de la inmensa circunferencia de su vientre, llevaba su chaleco de piqué blanco, y su frac era de paño azul con botones blancos de metal, en fin era el unico negociante del pais que usaba sombrero blanco en el verano, sin haberse puesto nunca ni gorro ni casquete. Su esposa era de igual obesidad y gordura, y entre las grotescas facciones de su cara se hacia notar lo crecido y poblado de sus bigotes de un rubio oscuro, que sin embargo heridos á veces por los rayos

del sol al ponerse parecian de color de oro. Su traje era siempre de color de rosa.

Estos dos personajes tan nobles por su finura y modales no dejaron de asistir al baile de Mr. Brisard, y como eran sujetos pudientes, habian comprado para cada uno un par de chanclos nuevos con puntas bien aceradas, para que pudieran penetrar mas en el entarimado del subprefecto, y humillar mas por este medio lo que llamaban su insolente orgullo. Su entrada llamó la atencion de todos los concurrentes, pues que eran los jefes de la conspiracion; y despues de los saludos de estilo en semejantes reuniones, se colocaron Mr. Dival en uno de los testeros de la sala y su esposa en la parte opuesta, y desde sus asientos empezaron cada uno por su lado la conversacion mas virulenta contra el subprefecto.

Aunque la idea de la burla proyectada era del mancebo mayor de M. Dival á quien madama Dival tenia por un joven lleno de talento y agudeza, sin

embargo la ejecucion se habia trazado en casa de Mr. Dival, quien no habia tenido reparo en prestar el local para la discusion de tan importante complot, y bajo de este concepto le miraba como suyo, y se complacia con anticipacion de los resultados que se habia propuesto y presumia.

M. Brisard, á pesar de su caracter amable y festivo, empezaba ya á fastidiarse con la difusa y pesada conversacion, tanto de los hombres como de las mujeres, que parecian unos y otros como clavados en el suelo; conocia lo impertinente de la leccion que pretendian darle, pero le era tan dificil reirse de ella como incomodarse, porque hay cierta especie de necedades que dejaria sin recursos aun á la imaginacion mas perspicaz.

Entre tanto Mr. Dival recitó un calamburg de su composicion, que hizo reir á carcajadas á los circunstantes; y queriendoselo repetir á su esposa la llamó lleno de satisfaccion y de sardónica alegria. Madama Dival quiso echar á cor-

rer para acudir al llamamiento de su marido, pero como hacia ya algun tiempo que estaba inmóvil en el mismo sitio, las puntas de acero de sus chanclos oprimidas por el enorme peso de su cuerpo, habian penetrado tan adentro, y se habian fijado de tal manera en el entarimado, que si bien la parte superior del cuerpo obedeció al impulso de la carrera, la base quedó inmóvil, de lo que resultó que madama Dival cayó de bruces y cuan larga era en el suelo. En este funesto accidente, madama Dival se olvidó de que sus vestidos no cubrian ya lo que antes, y solo se afanó en estender los brazos para recoger un cierto bisoñé ó postizo, que en aquel movimiento brusco habia saltado á dos pies de su cabeza. Su marido, que creyó que interesaba mas á su honor el ocultar á los curiosos otra cosa que la calvicie de su esposa, quiso arrojarse para hacer la caída menos funesta, pero hallandose igualmente prendido por los clavos de sus chanclos, cayó tambien de bruces, y precisamente dió de nari-

ces con su mujer; al estender esta los brazos para recojer su bisoñé, tropieza con la peluca de su marido que tambien se le habia desprendido con la fuerza del golpe, se apodera de ella, y sin mas examen se la pone creyendo que era la suya.

Casimir Delavigne ha compuesto una comedia en cinco actos para probar que el aura popular es voluble. Mr. Dival y su esposa presentaron en aquella ocasion una prueba bien triste de esta verdad, pues una risa burlesca se apoderó desde luego de todos los concurrentes, risa que empezó cuando los vieron en el suelo, que continuó cuando les vieron en pie, él sin peluca, y su mujer con la de un hombre y que duró aun mucho tiempo despues de haberse retirado. Lo mas gracioso del caso fue, segun me contaba Mr. Brisard, que en menos de dos minutos todo el mundo, tanto hombres como mujeres, se quitaron los chanclos, colocandolos del mejor modo que pudieron bajo sus sillas ó taburetes, de modo que fué una

defeccion sumamente vergonzosa para el autor de la proyectada burla.

Es facil comprender que odio profesarian al subprefecto Mr. Dival y su mujer; con efecto durante muchos dias fueron el blanco de la risa y burla de todo el pueblo, llegando á hacerse tan despreciables, que el mancebo mayor abrumado con las pesadas chanzas de sus amigos, abandonó la casa de Mr. Dival, y aceptó un destino que le dió en su oficina el recaudador de contribuciones del distrito. Sin embargo no faltó quien censurase esta conducta: y se compadeciese de madama Dival.

Entre tanto se hizo sentir la escasez de dinero entre los concurrentes á la bolsa, por decirlo asi, de Mr. Dival: no habia remedio, era preciso transijir con el banquero: al principio se acusaban unos á otros de las risas pasadas; pero cuando conocieron que á todo el mundo le interesaba el estar bien con el hombre del dinero del pueblo se redujeron á decir, que era el subprefecto el que se habia reido, y que los demas habian sen-

tido infinito el lance que le habia ocurrido á madama Dival, por manera que resultaba probado, que solo el subprefecto se habia reido, y que todo el mundo le detestó, por lo que hizo en perjuicio de los demas, y por lo que dijo; pero lo gracioso y cierto es, que Mr. Brisard no se habia reido, ni mucho ni poco, y que fue él solo quien levantó del suelo á Mr. Dival y á su consorte.

Este grande acontecimiento ocurrió en el mes de diciembre de 1818, y sin embargo Mr. Brisard desempeñaba aun la subprefectura en el mes de setiembre de 1820. La rabia de sus enemigos crecia á proporcion de su impotencia, y veian con la mayor desesperacion llegar el momento en que este majistrado cumpliera treinta años de servicios, y adquiriese un derecho incontestable á la pension de retiro. Este buen hombre habia tenido la debilidad de dejarsospechar ó entrever que este era el único objeto de todos sus deseos, lo que llenó de cólera á todo el pueblo: todos sabian que el sub-

prefecto se iría dentro de seis meses; pero tambien sabian que se iria por su propia voluntad y sin ser destituido, ni despedido, ni arruinado, lo que aumentaba su cólera en términos de poner á todo el pueblo en combustion.

Era precisamente en la época en que yo me encontraba en su casa: cuando él llegaba tan cerca del puerto, y maniobraba con tanta destreza para no zozobrar en paraje y momentos tan criticos. Despues del baile del entarimado el subprefecto no se habia atrevido á dar otros, pero acababa de ocurrir uno de aquellos acontecimientos que las autoridades de los pueblasse ven en la precision de celebrar con alguna demostracion pública de regocijo. El subprefecto ni podia ni quiso negarse al cumplimiento de este deber político, antes bien determinó desde luego sujetarse á él, y calculó que cuanto mas brillante fuese la fiesta que pensaba dar, mas embarazaria á sus enemigos: bajo de este principio obró como hombre hábil no dandoles tiempo para que se concertasen. A las siete de

la mañana habia llegado la noticia y á las doce ya estaban repartidos por el pueblo, y los de sus inmediaciones, billetes de convite para un baile de etiqueta que debia darse aquella misma noche, en la subprefectura, con motivo del nacimiento del duque de Burdeos. El golpe era terrible: la nobleza no podia escusarse, porque esto hubiese sido contrariar sus propias afecciones; la clase media no tenia tiempo para buscar pretextos que cohonestasen su falta de asistencia; y á pesar de sus opiniones no se hubiera atrevido nunca á dar una prueba tan formal de oposicion: por otra parte el objeto y motivo del baile presajaba que no faltaria ninguno de los convidados, y con este motivo tube con Mr. Brisard la conversacion siguiente.

Escucha, me dijo, necesito de ti esta noche.

¿Para bailar con madama Dival, ú otra de igual habilidad?

No; para hacer el cuarto en una partida de boston.

¡Yo! exclamé.

Si, mi querido, me dijo, tú estás abocado á hacer una gran fortuna en este pueblo: tú conoces todos los juegos de sociedad; tú cantas bastante bien varios romances, y sabes hacer la corte á las jóvenes empezando por sus mamás. Hace un mes que te hallas aquí, y eres bien recibido en todas partes, y aunque esto no es una gran cosa, por que aquí lo que es la puerta no se cierra á nadie, sin embargo veo, que te convidan lo que es raro, pues para esto nunca se abre á los extranjeros: tu estás bien con Mr. Dival, lo que no me sorprende, pues sé que á tu llegada trahia una letra de cambio á tu favor jirada por un banquero del lado izquierdo de las cámaras.

Es verdad; Mr. Dival me convida á comer, pero despues del lance de la bela no he vuelto mas....

¿Qué lance es ese? me preguntó Mr. Brisard.

El siguiente: una noche que fui á su casa, llegué al salon, en el que habia una bela sobre la chimenea: la criada,

que me habia alumbrado, dejó la suya al lado: eran dos belas: madama Dival, á quien habia pasado recado, avisándole mi llegada, entró en el salon trayendo una bela en la mano, que dejó al lado de las dos: eran tres belas: un momento despues la sobrina de Mr. Dival, que repasaba su leccion de piano en el piso segundo, oyendo que habia jente en el salon, bajó trayendo su bela, que dejó junto á las demas: eran cuatro belas: en el mismo instante entraba el sobrino que acababa una factura en el almacen, y se dirijia al salon por el mismo motivo que su prima, traia tambien su bela en la mano, la dejó junto á las otras; de modo que se hallaron reunidas sobre la chimenea nada menos que cinco belas. Mientras los concurrentes se saludaban, y se daban las buenas noches, he aquí que aparece de repente á la puerta del salon, pero sin bela alguna la figura orbicular de Mr. Dival: no me habia visto, porque solo llamó su atencion aquella iluminacion exorbitante que al paso que le deslumbró, le irritó, le desesperó, y

lleno de cólera exclamó con una voz atonadora ¡cinco belas! Qué picardía! ¡Qué canallas! ¡Cinco belas! y en el arretrato de su rabia, sopla y apaga á la primera que le viene á la mano, apaga á la segunda, la tercera, en fin las apaga todas, á pesar de las voces de su mujer, á las que no responde mas que con su terrible exclamacion ¡cinco belas!

En un instante nos vimos reducidos á la oscuridad mas espantosa, sumerjidos al mismo tiempo en una atmosfera de un hedor insoportable. Yo estendia los brazos á derecha é izquierda: encontré una mano, luego otra, y á todo trance apreté la una y me dejé apretar los dedos por la otra. En este momento trajeron luz: pero ¡oh crimen! yo habia apretado la mano de madama Dival, y la sobrina, que sin duda me habia tomado por su primo, me habia apretado tanto los dedos que crei me los estrujaba. No me atreví á retirarme, y así pasamos el rato madama Dival bordando, sin levantar los ojos, y la sobrina riendose de mi como de un necio. No soy hombre

de resolución, lo confieso, y así he tomado el partido de no volver más á su casa.

Esto no importa para la partida en cuestión, me dijo M. Brisard; es una partida de hombres á la que debes concurrir, y Mr. Dival es uno de ellos.

¿Y los otros?

Los otros son, Mr. Ennevers, á quien conoces y que te estima tanto más, cuanto que nunca has querido ir á comer á su casa.

¿Pero si es un loco?

No tan loco como tu crees,

Pero la historia de su perro ¿no es cierta?

Si, y muy cierta.

Pues entonces es un loco.

Tu eres un niño, me dijo Mr. Brisard, es una locura, si quieres, pero ha sido ejecutada con mucha delicadeza.

¿Como? le dije.

Tu la sabes.

No del todo, pero me parece una estupidez feroz.

No; me dijo Mr. Brisard, no lo creas,

y yo voy á hacertelo comprender. Juan Guillier, el molinero del canal, posee hoy el molino, que en otro tiempo pertenecía á Mr. de Ennevers. Este Juan Guillier es un gran cazador, y pasa por tener los mejores perros del contorno. Entre él y Mr. de Ennevers existe una enemistad y un odio inveterado, como de un propietario desposeido y un poseedor considerado como ilegal: este odio se halla sostenido por una rivalidad en la caza, insoportable para Mr. de Ennevers pero que no obsta á sus relaciones y partidas de diversion. Era el año de 1815, en una época en la que nadie sabia cuales serian los resultados de la reaccion revolucionaria, y por lo mismo los poseedores de bienes nacionales no estaban tranquilos: cual seria, pues, la sorpresa de Juan Guillier viendo que Mr. de Ennevers iba á convidarle á una partida de caza como en tiempo del imperio; la aceptó con el mayor placer, y puestos en marcha, á cuarenta pasos de la casa salta una perdiz, Juan Guillier la mata; y el perro de Mr. de Ennevers la recoge.

Entonces este llama á su perro, y con el tono mas serio y decisivo le dirige el discurso siguiente.

«Escucha, Jupiter; tú eres el perro de un jentil hombre, y no el de un ladron, tú no tienes derecho alguno para tomar la caza de otro, asi como el ladron no le tiene para apoderarse de los bienes de los demas. Ahora, pues, como tu dependes de un hombre que ha conservado ilesas las sanas ideas de lo justo y de lo injusto, y que respeta las leyes, que la revolucion ha destruido, pero que revivirán bien pronto, segun confio, yo, vizconde de Ennevers que poseo por dichas leyes la facultad de castigar á todo individuo cojido en el acto de cometer un delito en mis tierras, te condeno, por el robo que acabas de hacer, á la pena de muerte.» y sin decir mas palabra le levanta la tapa de los sesos de un escopetazo.

Pronunciada con tanta formalidad, y ejecutada con tanta presteza la antedicha sentencia, se volvió ácia Juan Guillier y le dijo. ¿No es verdad que es y

debe llamarse justicia el tratar así á los que roban los bienes ajenos? ¡Y que tiempos tan dichosos serán aquellos en que se trate á los hombres, como yo acabo de tratar á mi perro! Si, esto no puede tardar.

Juan Guillier, que no tenia la conciencia muy tranquila sobre la adquisicion del molino, empezó á temblar, pero el dia siguiente existia ya un contrato entre el molinero y el jentil hombre que ratificaba la adquisicion, y ponía en manos de Mr. de Ennevers cuarenta mil francos sin que antes los hubiese pedido, ni despues rehusase el admitirlos.

Esto ya es otra cosa; pero no es así como me lo habian contado.

Pues así fue como sucedió; y ni Juan Guillier ni Mr. de Ennevers hablaron una palabra á nadie sobre el asunto, y este pasó por un loco que habia muerto á su perro de un escopetazo despues de haberle dirigido un gran discurso.

¿Y el tercer pie quien es? le pregunté.

Este tú le conoces; es Mr. Canotte.

¿Ese viejo beato, que me hizo comer de viernes un lunes, y que se santigua dos y tres veces cuando ve á una mujer?

El mismo: estos son los tres jefes de los tres partidos que quieren hacerme destituir; con este objeto han formado una coaliccion, y esta es tanto mas terrible cuanto que los coligados no se ven nunca; y este es su unico medio de estar de acuerdo. Esta noche estarán aqui los tres; yo he resuelto que se avisten entre si, y para ello tú solo puedes proporcionarme los medios. Todos ellos te conocen, pues que les ha sido recomendado bajo diferentes respectos, y aunque seas un joven, tu calidad de parisiense basta para que admitan una partida de juego, si tu se la propones. Solo la idea de que tu pudieras hablar mal de ellos en un salón de Paris, les asustaria; se imaginarian, cada uno por su parte, que el mundo entero se sorprenderia si se dijese que Mr. Dival, ó Mr. de Ennevers ó Mr. Canotte habian faltado á lo que exige la urbanidad para con un forastero. Bajo de este concepto proponles á cada uno en parti-

cular una partida de boston, y sin detenerte llévalos inmediatamente á la mesa, que si logras esto, tambien lograré mi objeto. Cédeles el juego, pierde tu dinero, déjales hacer todas las fullerias de que es susceptible el boston sin tomar parte en ellas, que antes de una hora se habrian dicho bastantes desverguenzas, para que yo asegure mi tranquilidad á lo menos por seis meses, por la guerra intestina que va á declararse en el pueblo ¡Seis meses! precisamente es el tiempo que me falta, y yo necesito para lograr mi retiro: sé cauto, prudente, y de este modo me ahorrarás un compromiso. Aunque no comprendia bastante la astuta combinacion de Mr. Brisard, sin embargo ofreci ayudarle, y esperé con resignacion la hora del baile.

II.

Eran las siete, y aunque todavía no había anochecido, la subprefectura brillaba ya con las luces de los quinqués; sin embargo Mr. Brisard y yo habíamos entablado una larga discusión para saber si sería mas conveniente valerse de bujias en vez de los quinqués. Yo opinaba por aquellas; pero el subprefecto no se determinaba á adoptar este partido. Las

bujias, me decia, son un artículo de lujo que me censurarán mucho mas que mi entarimado. Es preciso observar que en aquella época, en 1820, no se habian inventado aun todas esas bujias modernas de á seis reales libra, que han hecho subir tan considerablemente el precio del sebo: era preciso valerse de la verdadera bujia de cera, y esto hubiera ocasionado un gasto exorbitante.

¡Bujias! me añadia Mr. Brisard: si yo usase de ellas me perdia. Humillar por este hecho á todos los sujetos mas notables de este pueblo y de sus inmediatos, y vereis como las cuentan una á una, las suman, calculan su precio total, y concluyen por acusarme de concusion para subvenir á un gasto tan escesivo.

Pero por otro lado os acusarán de mesquindad.

No importa; esto no seria mas que ridiculizarme, y yo acepto la acusacion.

Sin embargo, podrán estenderse á

mas ; en las críticas circunstancias en que os encontrais podrán acusaros de falta de celo ó de interés por el objeto que motiva esta fiesta , si no le dais todo el brillo posible.

Pondremos dos quinqués mas.

Pero esto no será mas que quinqués, y Luis (este era el criado del subprefecto) se ha visto precisado á pedir prestados los del café del comercio.

¿Quien se lo ha mandado?

Yo.

Pero , miserable ; ¿ no ves que dirán que yo he hecho una requisicion ? y precisamente este es el café de los liberales. Es preciso devolverlos inmediatamente , y mandar por ellos al café de san Pedro , que es el de los realistas , y el dueño se prestará gustoso á darlos , á lo menos por la opinion.

Ya se ha dado ese paso , y el dueño del café se ha negado rotundamente á darlos. Yo os digo , señor subprefecto , que acabareis mas pronto echando mano de las bujias.

No, nada menos que eso; he tomado mi partido, y no hablemos mas de bujias, contestó Mr. Brisard con tono resuelto y decidido.

El nombre solo de bujias le hacia temblar. Yo era aun bastante joven para no tener aprension; y ya casi iba á replicarle, cuando entró Luis y cortó nuestra discusion anunciandonos que en todo el pueblo solo se encontraban tres libras de bujias.

Bastante serán para las mesas de juego, dije yo.

Bien, contestó el subprefecto, para las mesas de juego y nada mas, en terminos, le dijo á Luis, que si veo una bujia en otra parte, te despido de mi casa.

El acento de Mr. Brisard me impidió hacerle la menor reflexion; manifestó tanta irritacion en aquella orden dictada por el miedo, que me tuve por advertido, y fui á ocuparme del refresco. No será fuera de sazon que yo manifieste el porqué Mr. Brisard me habia encargado de los pormenores de

su fiesta: la causa era, que se hallaba ocupado en cosas de mas alta esfera, estaba componiendo unos versos, en celebridad del nacimiento del duque de Burdeos, que se habian de recitar aquella misma noche; el tiempo urjia, un maldito consonante, que no encontraba, le tenia como paralizado hacia mas de tres horas. Su composicion era antigua, y la habia hecho mucho tiempo antes para celebrar el nacimiento del Rey de Roma; solo se trataba de una pequeña variacion para aplicarla al caso presente. Por otra parte Mr. Brisard tenia tanto mayor motivo para creer que su primitiva composicion seria desconocida, cuanto que nunca habia sido impresa, y que el pueblo en donde él la recitó entonces distaba lo menos doscientas leguas del de su actual residencia. Entre tanto yo veia á mi pobre Mr. Brisard paseandose por las alamedas de su jardin, jesticulando, accionando, hablando solo; escribiendo en su librito de memoria, enmendando, borrando, pero el consonante ape-

tecido no parecia. Yo ignoraba el secreto de la trasformacion de la composicion poética, y Mr. Brisard no se atrevia á confiármelo; sin embargo la hora de la reunion se acercaba y el consonante cada vez estaba mas lejos.

Lleno de apuros y de embarazos no habia otro remedio que descubrirme su fatal secreto: se dirigió á mi, y me leyó su composicion, en la que no hallé gran cosa que notar, porque se reducía á lugares comunes que lo mismo podian aplicarse á un gobierno que á otro, mas en los últimos versos quiso reasumir con aplicacion á la dignidad real, lo que diez años antes habia dicho con respecto á la imperial, pero una maldita frase mal colocada, que por parecerle sumamente espresiva no se atrevia á tocar, le imposibilitaba seguir y completar la idea con sujecion á la rima.

Ah! ahí está toda la dificultad; he ojeado todo el diccionario de las rimas y no hallo ninguna que me dé un verda-

dero consonante con mi e sprcsion favorita.

Pues mudarla, le dije.

No, me contestó; de ninguna manera: es el resumen, el escollo del gobierno monarquico, y seria desvirtuar toda la composicion.

Confieso que por el pronto me quedé parado; me rasqué la cabeza como para llamar las ideas, y me ocurrió que mudando, segun lo permitia el jenio de nuestra lengua, el orden de las palabras de su espresion favorita, hallaria cuantos consonantes quisiere para llevar á cabo su idea.

Mr. Brisard dió dos pasos atrás lleno de admiracion: tu harás una gran fortuna politica, me dijo, tienes una gran facilidad para manejar una idea, y descomponer una espresion en términos que aparezca blanco lo que antes era negro. Sin embargo me encargó que guardase el secreto, celoso de que fuese todo suyo el honor de la composicion, y se retiró.

Ambos á dos nos vestimos de ceremo-

nia, y á poco rato nos encontramos en el salon de la subprefectura. ¡Que de retratos podria yo hacer si tubiera bastante talento para ello! Pero todos los personajes grotescos que vi pasar por delante de mi son inutiles para la relacion que voy hacer, y asi sacrifico con gusto sus retratos para compensarla desde luego.

Ya he hablado de Mr. Dival y de su esposa, y nada tengo que añadir á lo que dije de esta amable pareja. En cuanto á Mr. Ennevers, este era un hombre de sesenta años, á quien treinta años de residencia en un pueblo de provincia no habian despojado de aquel aire natural y facil que anuncia al hombre de cierta clase, y que poseian nuestros antiguos nobles que sabian que valian alguna cosa ó por su nombre ó por su fortuna. Además de cuanto he dicho de este personaje tenia una particularidad digna de notarse. Aunque su edad le habia debilitado la vista en terminos de no distinguir los naipes que tenia en la mano, nunca habia querido usar anteojos, no por ma-

nia de parecer joven, sino por aristocracia. Decia que nada degradaba mas á un hombre que los anteojós y que antes de la revolucion no habia visto que los usasen mas que los escritores públicos y los usureros. No pretendo justificar la observacion de Mr. de Ennevers, pero conocí que tenia razon, pues entre los sujetos que en aquel tiempo echaban mano de este medio artificial habia lo menos noventa y nueve juvenes por un viejo ¿de donde procede, decia, un olvido tan brutal de toda elegancia, que hace alarde sin el menor rubor de una enfermedad, que en otra época hubiera sido un motivo de vergüenza y de confusion?

Yo, añadia, no puedo comprender los juvenes de estos tiempos: se avergonzarian de ser sordos, y afectan el ser cortos de vista; si yo fuese mujer, no aceptaria los obsequios de uno de estos señoritos que me dirijiese sus tiernas y languidas miradas al traves de un vidrio cóncavo, asi como despreciaria los de otro á quien tuviese que confesarle

mi pasion por medio de una corneta acústica. No quiero repetir todo lo que él decia con este motivo, pretendiendo que la jeneracion actual debia escojer entre una degradacion fisica de la especie humana, que se dibilitaba progresivamente, y una degradacion moral, que llegaria insensiblemente á hacer alarde de los vicios del corazon; cuando tan poco cuidaba de ocultar los del cuerpo.

Mr. de Ennevers llevó á su hija, joven y hermosa, pero que hubiera sido muy amable si hubiera omitido tocar en el piano la *tempestad* de Steibelt, y las variaciones del *trovador*.

El otro personaje de la partida era Mr. Canotte. Este era de menos edad que Mr. de Ennevers, pero el color pálido y casi livido de su cara y un modo de andar pausado y torpe le hacian parecer mas viejo. Entró acompañado de su mujer. Yo le habia visto ya en otra ocasion, pero aquella noche pude observar mas despacio lo seco y afilado de su cara, sus labios pálidos y delgados, su cuerpo estremadamente flaco y estirado,

y una especie de contrición hipócrita en sus miradas. Lo seguía su hijo Domingo, joven de unos diez y ocho años, de grande talla, con esperanzas de tenerla algún día mayor, basado sobre dos largos y anchísimos pies, dejando caer á lo largo de su cuerpo sus inmensas manos, cubiertas con sendos guantes de algodón, sobrepuestos en los extremos de las mangas de su frac de color de chocolate. El resto de su vestido consistía en pantalón de verde botella que dejaban descubiertos sus descarnados y prominentes tobillos, medias blancas de algodón, y escarpines llenos de rosas, hechas de cintas viejas de raso negro, despojos sin duda de algún antiguo adorno materno. Todo el mundo se apresuró á saludarle y á manifestarle el mayor cariño, pues Mr. Canotte pasaba por tener en reserva algunos miles sobre una renta anual de cuarenta mil francos, y aquel joven bañica del vestido de color de chocolate, era el heredero presunto de toda aquella fortuna.

Mr. de Ennevers por el contrario, hi-

zo un saludo muy frio á madama Canotte, saludó con la mayor altivez á su esposo, y sin fijar siquiera la vista en su hijo se separó de ellos. Madama Canotte llena de rabia, dijo en voz baja á su hijo: yo te prohibo espresamente bailar con la señorita de Ennevers.

Por razones de conveniencia me estaba prohibido el bailar, lo que sentia infinito en una edad en la que el movimiento es un placer; sin embargo, debo confesarlo, la composicion de la orquesta me hizo la prohibicion menos sensible. Nunca me ha gustado finjir; pero he aqui en dos palabras cual era la composicion de la orquesta: un violin, un clarinete, y un serpenton. El violinista era un escribiente de la suprefectura; el clarinete era el compañero de caravanas por las ferias del contorno de un órgano de Berberia, y el serpenton era el de la iglesia. Lengua ninguna de este mundo es capaz de espresar la horrible cacofonia que hacian estos tres instrumentos cuando tocaban á la vez; pero sucedia muchas veces, que el violin y el clari-

nete se embrollaban los dos en lo mejor de una contradanza y se paraban; entonces el serpenton seguia solo dando con todos sus palmones el tono de contrabajo que estaba á su cargo, de modo que la mayor parte de las figuras se ejecutaban bajo las dos únicas notas que roncaban, digamoslo asi con una impertubable medida.

A esta música tan singular estuve para taparme los oidos y me puse á considerar aquella escena. Las caras del violinista y del que tocaba el clarinete eran los dos mascarones mas cómicos que yo he visto en mi vida; el clarinete acariciaba con sus labios la embocadura de su instrumento como pidiendole las notas á que no podia alcanzar; el violin aparentaba esforzarse para entrar en tono y el serpenton impertérrito no hacia mas que roncar. Yo no podia contener la risa viendo tales figuras y tales ademanes, pero la contuve al fijar la vista en el que tocaba el serpenton. Este no era una de aquellas figuras, ó grotescas que os hacen reir, ó sucias y diabólicas que nos

hacen horripilar, sin que podamos comprender la causa del espanto que nos inspiran: era la cara espresiva de un joven hermoso pero triste, y que daba á entender que sufría con resignacion: sus grandes ojos negros resaltaban mas sobre lo blanco y sonrosado de sus mejillas, y sus miradas se dirijian con una espresion interesante de dolor sobre aquellas oleadas de bailarines que galopaban á sus pies, pues los músicos estaban empaquetados en un nicho que habia en la pared á manera de tribuna. Por el modo con que desempeñaba su papel se comprendia facilmente que conocia la música, y que hubiera sostenido vigorosamente una orquesta de otra especie; pero cuando se le consideraba un momento, se olvidaba la música, el serpenton y el baile, para no ocuparse mas que de aquel aire facil de distincion elevada que se dejaba ver en todas sus acciones, de aquella hermosura majestuosa, y de aquella tristeza profunda que parecia emanar de él mismo.

Mientras yo me habia ocupado en mi-

rarle, Mr. de Ennevers vino á colocarse á mi lado, y noté que habia sacado de su bolsillo un vidrio de anteojo que colocó entre el pólize é indice encorbado á manera de círculo, y que estaba observando á mi joven músico con mas atencion que yo: quedó inmovil por algunos minutos y oi que decia entre dientes: ¡Pobre muchacho!

A esta exclamacion silenciosa de Mr. de Ennevers sucedió un vivo movimiento de indignacion. Miré buscando la causa; y vi á nuestro buen Domingo Canotte que marcaba con las piernas algunos compases de contradanza: en este momento cesó de repente el serpenton, que era el único instrumento que tocaba por entonces, y cuyo compás seguia nuestro solitario bailarín, y como por este accidente se quedase solo bailando y sin música, partieron mil risotadas de todos los extremos del salon; madama Canotte se levantó de la silla, y arrojó sobre el desgraciado músico una de aquellas miradas siniestras, que pueden hacer creer la existencia del

mal de ojo. El pobre muchacho volvió á tocar su serpenton, y el señorito Domingo, que se habia puesto encarnado como una remolacha mal cocida continuó sus piruetas. Mr. de Ennevers, que echó de ver entonces que yo estaba á su lado, me dijo en voz baja: ¡pobre criatura, este lance le costará caro!

Yo no hubiera comprendido el porqué, si al mismo tiempo no hubiese oído á Mr. Canotte que decia reservadamente á su mujer: «éDjame; déjame, el me la pagará.»

Yo me preguntaba, que autoridad podria tener Mr. Canotte sobre aquel pobre muchacho, pero me acordé que este era mayordomo de la parroquia, y desde luego comprendí, que el salario del músico de la iglesia pagaria la torpeza de nuestro buen tocador de serpenton, torpeza tanto mas digna de castigo, cuanto que habia puesto en evidencia la grotesca y ridícula persona del joven Canotte.

Yo no sé porque tomaba tanto interés por aquel joven; pero no podia ha-

cer nada por el; Mr. de Ennevers me parecia tener mas proporcion y mas medios que yo, y con efecto, habiendo oido la espresion de Mr. Canotte, á quien Mr. Brisard conducia á la mesa de juego, y mientras yo instaba á este antiguo jentilhombre á que me siguiese, se acercó á madama Canotte, y le dijo con un tono serio: «Si incomodais á Luciano, no seremos buenos amigos.»

Nunca lo hemos sido, señor conde, le contestó madama Canotte, echandole una mirada de desprecio.

Hace ya tanto tiempo, que tal vez lo habreis olvidado, le replicó el conde lleno de colera; pero yo me acuerdo muy bien.

¿Y en que tiempo? No me hará vd. el favor de decirmelo.

El conde tomó entonces un aire de vencedor, y mirando de arriba abajo á madama Canotte, le dijo con una franqueza burlesca admirable; «enaquel tiempo en que retozabamos con las camareras.»

Madama Canotte no respondió por el

pronto mas que con una mirada, pero que encerraba mas odio que todas las maldiciones que hubiera podido pronunciar su boca. Sin embargo esto no fue mas que un relámpago, pues inmediatamente bajó los ojos y le dijo con el tono mas humilde: Dios quiere probarme, señor conde, pero yo perseveraré siempre.

Mr. de Ennevers se separó, y nos pusimos á jugar.

La partida fué poco animada, y si produjo los resultados que esperaba Mr. Brisard fue por otras razones. Mr. Dival como hombre rico, creia humillar á sus contrarios quitandoles el juego á cada instante por malas que fuesen sus cartas; no parecia sino que queria hacerles una limosma con sus pérdidas. Mr. de Ennevers se lo dijo con bastante dureza desde la segunda mano; pero Mr. Dival le contestó que el era muy dueño de perder su dinero como quisiese y mientras tanto Mr. Canotte recojia sus ganancias con una ambicion tan desmedida, que bien pronto se atrajo la in-

dignacion de Mr. de Ennevers, quien respondió con un tono particular: sin embargo os ha costado algun trabajo el haceros con ese dinero.

Muchísimo; porque ha sido ganado legalmente.

Sin embargo, dijo Mr. de Ennevers mirando á Mr. Canotte, esta no es la historia de la fortuna de todo el mundo.

Viendo luego que habia una ficha sobre la mesa añadió: ¿De quien es esa ficha?

Mr. Dival dijo: yo no sé.

Yo creo que es mia, dijo Mr. Canotte, alargando la mano para cojerla.

La ficha era mia, y ya iba á reclamarla, pero Mr. de Ennevers me hizo una seña, añadiendo: que sean cinco mil francos ó cinco sueldos el proceder es el mismo.

Mr. Canotte no se detuvo por eso, y añadió con la mayor tranquilidad: á V. le toca dar señor conde.

La partida continuó, Mr. Dival jugando á tontas y á locas, Mr. Canotte no pidiendo seis bazas sino cuando esta-

ba seguro de hacer diez, y Mr. Ennevers no desperdiciando ocasion de lanzar un epigrama á Mr. Dival ó un apóstrofe injurioso á Mr. Canotte. Esta posicion era tan violenta, que Mr. Dival se creyó obligado, en su calidad de liberal, á sostener al oprimido, y aunque detestaba igualmente al gentil hombre y al devoto, le dijo á Mr. de Ennevers; vamos, señor conde, deje V. que Mr. Canotte me gane mis escudos sin echárselo en cara.

Mr. Canotte que habia oido hasta entonces con la mas profunda humildad los apostrofes de Mr. Ennevers, se enderezó como un aspid á vista de las expresiones de Mr. Dival, y mirando al conde cara á cara le dijo: caballero, si yo gano, tambien me espongo á perder; y mi dinero vale tanto como el vuestro.

Esto es lo que yo no admito, le contestó Mr. de Ennevers.

Mr. Canotte no respondió una palabra, y dirijiéndose á Mr. Dival le dijo: á lo menos si yo gano, este dinero me servirá para cierta cosa, pues he hecho

voto de no tomar parte en tan culpable pasatiempo, sino á condición de dar á los pobres todo el dinero que adquiriera por el juego.

Muy bien, dijo Mr. de Ennevers; yo conozco uno, que os recomiendo particularmente; el pobre Luciano, que se estenua allá arriba soplando en el serpente.

Señor conde, le contestó humildemente, el devoto Luciano no carece de nada.

Y probablemente todos los pobres de la parroquia se hallarán en el mismo caso, dijo Mr. Dival.

¿Y que quereis decir con eso? exclamó Mr. Canotte tomando un tono lleno de acrimonia para contestar á su convecino.

Que es inutil dar á los que no carecen de nada.

Es verdad que yo no doy á todos los que mendigan, repuso Mr. Canotte, bien me pidan cinco sueldos ó cincuenta mil francos.

Esta ultima espresion aludia á un préstamo de cincuenta mil francos que Mr.

Dival le habia pedido en otra ocasion para una operacion de comercio y que él le habia negado.

¿Y que quiere V. decir con eso, señor Canotte? le preguntó Mr. Dival; ¿quienes son esas jentes que piden limosna?

Son los que piden prestado sin saber si podrán reintegrar lo que se les dé.

Mr. Dival se puso de mil colores; pero en la réplica furibunda que preparaba se halló interrumpido por una espresion de Mr. de Ennevers. Es preciso observar que Mr. Canotte en su arretrato de cólera habia olvidado que el conde le debia cierta suma; y aunque este estaba persuadido que las palabras del devoto no se dirijian á él, quiso sin embargo tomar la parte que le correspondiese para tener esta ocasion de mortificar á Mr. Canotte. Esto es una insolencia, le dijo, contra las personas á quienes vd. ha prestado su dinero.

No, señor conde, replicó el devoto

tomando su antiguo aire sumiso; antes por el contrario, pues el prestarles es darles á entender que yo cuento sobre su honor.

¿Y que piensa vd. de las personas á quienes no presta su dinero? le preguntó Mr. Dival.

Yo le creo á vd. hombre de bastante talento para comprenderlo; le contestó Mr. Canotte.

La escena habia llegado á tal punto que poco faltó para que no se hubiesen tirado los naipes á la cara; y tal vez este hubiera sido el resultado, si un incidente inesperado no hubiera separado á los jugadores y puesto fin á la partida.

Se trataba nada menos que de ir á oír recitar la composicion poética del subprefecto. Mr. Canotte se apresuró á decir que tenia el mayor interés en oirla, y pidió que liquidasen las cuentas. Mr. Dival, que era el unico que perdía, se contentó con arrojar sobre la mesa el doble á lo menos de lo que habia perdido, diciendo á Mr. Canotte

no traigo mas; os deberé lo que falta.

Es preciso haberlo visto para poderlo afirmar: Mr. Canotte recojió todo el dinero y se fué á oír la composicion.

Yo no puedo espresar la impresion de disgusto y de colera que esta accion causó en el animo de Mr. de Ennevers.

¡Que miserable! exclamó ¡que miserable!

¿Y quien es este Mr. Canotte? le pregunté yo, pues me habian dado una carta de recomendacion para él.

No; continuó Mr. de Ennevers sin contestarme; yo no quiero dejar este mundo sin que se sepa quien es este hombre.

Pues decidmelo.

Sois todavia muy jóven.

Asi me acordaré por mas tiempo.

Sois demasiado curioso.

Seguramente, pues os he oido una espresion dirigida á madama Canotte que no ha dejado de sorprenderme.

¿Y que espresion fue esa?

En aquel tiempo nosotros retozabamos con las camareras.

Pues bien; sea enhorabuena, me contestó Mr. de Ennevers, y voy á esplicaros esa espresion. En aquel tiempo yo residia en París, era jóven, no carecia de medios y frecuentaba con la mayor intimidad la casa de una familia llena de honor y de delicadeza; y en fin como yo dije, en aquel tiempo retozabamos con las camareras de las señoras de dicha casa.

III.

Estas señoras eran madama de Chamby y la condesa de Fresnaie; eran hermanas, y se habian casado en la misma época: pero uno de estos casamientos habia sido por amor; y el otro por desesperacion. En 1785, las señoritas de Hautefeuille eran aun dos jovenes casaderas; con la diferencia que la señorita Agueda tenia treinta años, y su herma-

na Julia solo tenia diez y seis. Sus padres la tenian aun en el convento, porque no querian dar á la mayor una rival tan terrible. Como es facil de pensar Julia sentia infinito el celibato de su hermana, que la tenia separada del mundo, y sin otro deseo que el de verse libre de la reja y del locutorio, suplicaba continuamente á sus padres que casasen á Agueda; mas á pesar del dote considerable destinado á la hija mayor de los Hautifeuille, y al gran número de pretendientes, las cosas continuaban siempre en el mismo estado. Muchos se aventuraban á penetrar en el salon de la condesa de Hautefcuille; navegantes atrevidos se adelantaban resueltamente al través de los numerosos arrecifes de aquel salon; algunos habian pasado felizmente el estrecho, formado de un lado por la imperturbable y necia vanidad de Mr. Hautefeuille, y del otro por el orgullo intolerante y devoto de la condesa; habian navegado con bastante fortuna al través de dos ó tres viejas primas de las señoritas, especie de momias en la apa-

riencia, pero que tenían el encargo de informarse de los pretendientes, y denunciar los escollos á flor de agua, entre los que habian naufragado algunos que se creían en un mar bonancible y sereno. Uno de los navegantes, Mr. de Fresnaie, hombre de cincuenta años, antiguo marino, y de quien tomo el lenguaje de que se servia para hablarme de su empresa matrimonial, habia doblado ya lo que él llamaba el cabo del salon, es decir, el confesor de la señorita Agueda, y se hallaba á la vista de esta: pero en este punto naufragó toda su habilidad: era una costa inabordable, llena de escollos agudos y cortantes, que le hacian volver atrás siempre que queria tomar tierra.

Yo frecuentaba la casa con bastante confianza, pero poseia la inmensa ventaja de tener una reputacion de atolondrado bastante bien establecida, para hallarme á cubierto de toda detraccion. Por otra parte mi cruz de Malta me destituia del titulo de pretendiente; y al mismo tiempo era, sin saberlo, un re-

curso precioso para la parte devota de este mundo. Como yo contaba francamente, para ver hacer jestos á ciertas caras arrugadas, las aventuras escandalosas que sabia, me dejaban decir, y oian con paciencia; en una palabra, yo era una especie de gaceta de la que se tomaban noticias para la delacion ó la calumnia.

Sin embargo como el conde de Fresnaie era uno de mis mas intimos amigos, y asi me guardaba muy bien de decir nada que pudiese perjudicarle en el concepto de los señores Hautefeuille, pero todo el mundo se sorprendia de la resistencia de la señorita Agueda á las pretensiones del marino. Yo tengo bastante edad, mi querido amigo, para lisonjearme, sin parecer necio, de haber tenido alguna idea de lo que puede tentar el corazón de una mujer: sin embargo en aquella ocasion no tenia bastantes antecedentes para poder adivinar de donde procedia la frialdad y desvio de la señorita de Hautefeuille para su declarado amante; pero proce-

dia muy sensillamente de un elegante y hermoso jóven, del Vizcondecito de Chamby. Figuraos un joven de unos veinte años, de una talla hermosa, airoso, buena pierna, hermoso pie, unas manos llenas y bien hechas, un rostro amable, blanco, matizado de rosa, y al mismo tiempo un aspecto de hipócrita y un modo de mirar el mas disoluto.

Este era sobrino de madama Hautefeuille, que era de la familia de Chamby, y tenia un escaso patrimonio, del que segun su espresion, se habia comido ya las dos alas y las dos piernas. Cuando ibamos á ciertas casas, yo era el tímido y el reservado, pero cuando entrabamos en el salon de madama Hautefeuille, pasaba por el libertino y depravado. Como sabia que el vizconde estaba siempre lleno de apuros, suponía que no iba á hacer el novicio á casa de su tia, sino con el objeto de sacarle de cuando en cuando algunos escudos, lo que era un motivo bastante poderoso para que yo no intentase hacerle mal, contando sus locuras;

por lo demas despreciaba altamente á Mr. Hautefeuille, que si bien era mas rico que él de tres ó cuatro millones, era menos noble de diez ó doce grados; al mismo tiempo profesaba á su tia un respeto particular, pero que no existia mas que en las formalidades exteriores, pues muchas veces se le escapaban contra ella espresiones poco comedidas, sobre todo cuando se negaba á darle dinero, y entonces la llamaba la abuela Margot, nombre de una vieja regañona que hacia mas de treinta años que vendia pastelillos en las Tullerias, y que era el objeto de las chanzonetas, y aun burlas de todos los muchachos.

Respecto á su prima nunca decia nada, y aun esta se conducia siempre con su primo con la mayor circunspeccion, pues si bien se hablaban, era poco, y siempre de ceremonia. Nadie en fin hubiera jamas presumido que bajo de aquella frialdad se ocultasen dos vehementes pasiones; por la parte de Chamby una ambicion decidida hácia el dote de su prima; y por la parte de esta una aficion

inveterada al joven vizconde.

Chamby conocia bastante el mundo para haber hecho nacer esta pasion por medio de atenciones aparentes, y poco á poco y sin ruido se habia preparado este amor como un recurso desesperado: por otra parte sabia que si se hubiese presentado abiertamente como pretendiente hubiera sido santa y devotamente despedido. No tenia mas que un auxiliar en la casa; esta era una moza de retrete llamada Genoveva, hermosa criatura, pero toda entregada á Dios como su ama. El la encargó que tratase de que se enamorasen de sus veinte años los treinta de la señorita Agueda, y yo supongo que la tunantuela desempeñaria tanto mejor su encargo, cuanto que Chamby le habia hecho saber lo que valian, pues era el libertino mas hipócrita que yo he conocido jamas.

Mr. de Fresnaie bordeaba siempre majestuosamente por delante del Gibraltar de que intentaba apoderarse, no pudiendo presumir ni por sueños, que el vizconde, que en la apariencia le sostenia

con todo su poder, fuese precisamente el que le vendia. Tal era el estado de las cosas cuando estalló de repente la catástrofe.

Chamby acababa de vender el último terron de su patrimonio y era preciso que recurriese á su pretendido casamiento, como recurre un negociante á una bancarrota ; mas á lo que parece Agueda titubeaba aun, á pesar de su amor, pues comprendia que habia algo de ridiculéz en casarse á los treinta años con un jóven de veinte, y esta reflexion no dejaba de ser prudente. Era, pues, preciso que Chamby usase de otros recursos y emplease ya medios estremos. Estos á la verdad no eran muy ingeniosos, pero sobrevino una circunstancia que debió hacerlos pasar como una combinacion infernal. He aqui cuales eran estos medios. Veinte y cinco luises dados por este á Genoveva debian hacerle olvidar á esta muchacha el registrar aquella noche un gabinete que habia al lado de la alcoba de Agueda, y en el que debia esconderse Chamby. Una vez solo

con mi prima, le dije á Genoveva, yo me encargo de decidirla á la pronta ejecucion de nuestro casamiento. Todo estaba ya convenido. La noche misma en que esta maquinacion debia llevarse á efecto, Chamby estaba sentado á mi lado en un extremo del salon de casa de madama Hautefeuille, examinando á su querida prima que estaba sentada en el extremo opuesto. De repente se vuelve hácia mi y me dice con un aire singular:

¿Qué pensais que se puede hacer de un capon flaco y viejo, pero lleno de buenas criadillas?

Comerse las criadillas y dejar el capon; le respondi; ¿pero por qué me preguntais esto?

Iba sin duda á contestarme, cuando se entreabre la puerta del salon. Una cabeza de querubin, hermosa, y llena de gracias se deja ver en ella, y con una voz encantadora dice:

Mamá ¿puedo entrar?

Esta era la hermosa Julia, la hermana menor de Agueda. Sin duda no oyó

la contestacion de su madre; pues que fué corriendo á abrazarla, y lo hizo con tanta gracia que esta creyó poderla dispensar por entonces de la regla que se habia propuesto de no poner á sus dos hijas una en presencia de la otra.

Habian sacado á Julia del convento con motivo de unas fiebres malignas que se habian declarado entre las religiosas y novicias, y la superiora creyó prudente y humano que las pensionistas se retirasen por entonces á casa de sus padres. La habian prohibido á Julia que se presentase en el salon, pero tenia aun un aire y caracter tan amañado, que se le perdonó con facilidad aquella inobediencia, como una lijereza sin consecuencia.

Esta fue la primera vez que yo ví á Chamby despojado de toda su santería fria. En el instante que descubrió aquel rostro anjelical tan lleno de gracias, corrió hácia ella y quiso absolutamente que le presentasen á su jóven y hasta entonces desconocida prima. Eran primos hermanos, y tenian derecho á cierta inti-

midad, y desde luego se le permitió que la saludase. Estaban los dos sentados codo con codo á un extremo del salon, ella con sus diez y seis años, y el con sus veinte; charlando, riendo, tan jóvenes, tan hermosos: formaban un cuadro tan interesante, que yo lo miraba con el mayor placer, como pudiera haberlo hecho con una pintura de Creuze, si este hubiera podido alguna vez encontrar en la punta de sus pinceles, una espresion tan encantadora como la que animaba en aquel momento á la jóven Julia.

La espresion pasada de Chamby me habia dado que pensar, y yo encontraba la esplicacion en la cara de Agueda. Esta examinaba á su hermana y al vizconde con una mirada tan terrible que parecia querer penetrarles de parte á parte; sus labios secos y apretados contra los dientes le daban un aire funesto de maldad, y su color casi siempre lívido, vuelto verde pálido anunciaba la rabia interior que la devoraba. Yo me levanté de mi asiento, di algunos pasos para

acercarme á Chamby y despues de haber saludado á Julia le dije en inglés.

Cuidado, que te miran.

El instinto de la conservacion habia absorbido toda la presencia de espiritu de Chamby, y volvió naturalmente la vista hácia el paraje en que estaba Agueda, como el único de donde podia venir el peligro; pero la jóven Julia sin antecedentes, me miró con un aire muy distraido y me dijo.

¿Y que importa que nos miren?

Llegó á mi vez el quedarme cortado. Quise hacer del hombre de recursos mientras Chamby maniobraba para alejarse de su prima, pero me encontré cojido en un interrogatorio tan preciso y tan directo, que me causó el mayor embarazo, y me dió una alta idea del convento en el que habia sido educada la jóven Julia. Era menester toda la injeñuidad de una niña de seis años para hacerme las preguntas que me hizo á consecuencia de mi observacion; cuidado que te miran.

Yo me desembaracé lo mejor que pu-

de, y me fui á buscar á Chamby esperando encontrarle al lado de su querida, pero habia vuelto á su puesto de observacion, desde donde maniobraba con los ojos, pero sin suceso, pues, su querida ni aun se dignaba mirarle.

Parecia que la torpeza pasada debia haberle hecho retroceder de su proyecto ó diferirle, pero al contrario fué lo que le decidió mas á llevarle á ejecucion. Era preciso vencer ó perecer, y como todos los jenerales hábiles, supo sacar todo el partido posible de su falsa posicion; y asi antes de la hora ordinaria se retiró.

Ved aqui, por lo demas, lo que algun tiempo despues me contó Genoveva de aquella empresa atrevida. Parece que Chamby obtuvo el perdon no solo de su atencion por Julia, sino tambien de aquel paso tan poco meditado, pues una promesa solemne de casamiento habia parecido á los ojos de la devota una garantia suficiente de los adelantos concedidos á su futuro sobre los derechos del Dios Himenéo. Tambien contaban que el

consentimiento del conde y de la condesa sería la cosa mas fácil de obtener pues que Mr Hautefeuille solo exijia de su hija que se casase con quien quisiese, y la sangre de los Chambys hablaba aun bastante alto en el corazon de la condesa para dejar de alegrarse de que el primojénito de su familia fuese su yerno.

Sin embargo, por mas dura de condicion, y mas devota que fuese la condesa, no se habia imaginado jamas que aquel grande acontecimiento se llevase á efecto por medio de su hija Agueda: no hay duda de que madama Hautefeuille era una vieja insoportable, pero era una vieja casada y con hijos, y no una vieja solterona, y por consiguiente tenia algunas ideas esactas de lo que era el mundo y los hombres. Segun lo que yo supe despues, Julia le habia hecho á su madre varias preguntas sobre su primo, y esta le habia dado á entender que en el instante que Agueda se casase entraria ella en turno, y que entonces el jóven vizconde podria hacer valer sus derechos. Con esto se

exaltó la cabeza de la joven colejiala, corriendo sin cesar detras de esta esperanza y buscando el medio de realizarla lo mas pronto posible. Este medio era muy sencillo en su concepto; consistia en determinar á su hermana á que se casase; y la pobre niña se imaginaba que el deseo que iba á manifestar á su hermana seria una nueva y mas poderosa razon que la obligase á hacer su eleccion. Llena de estas ideas se dirige á media noche á la habitacion de su hermana para hacerle esta confianza. Felizmente Chamby, que sabia por una larga esperiencia lo que eran las aventuras nocturnas en asunto de amores, no habia corrido el cerrejo de la puerta del gabinete, de modo que cuando Julia entró en la habitacion, habia ya desaparecido, ocultandose en el mismo paraje de donde habia salido. Desde allí oyó la conversacion entre las dos hermanas, y en aquel momento le ocurrió, á lo que parece, la idea de una traicion infernal. Antes que Julia saliese de la habitacion de su hermana, Cham-

by se habia evadido del fatal gabinete por una puerta falsa, y habia ido á buscar á Genoveva, y sin otra esplicacion escribió en su mismo cuarto el billete siguiente para que esta se lo entregase abierto á su ama.

»Mr. de Fresnaie aspira á vuestra mano, y es sujeto que os conviene bajo todos conceptos; aceptad sus proposiciones y haced que sean bien admitidas las que yo pienso hacer mañana á vuestra madre para obtener la de vuestra hermana Julia. Podeis comprender que es necesario que todo esto se haga inmediatamente: yo soy discreto como un muerto, pero no por tanto tiempo.»

Podeis comprender que golpe tan funesto sería este para la pobre Agueda. Genoveva que me contó despues este lance, me dijo que creyó que su infeliz ama iba á morir de sofocacion; su colera, su rabia, su furor no tenia limites. Felizmente en aquella época el suicidio no era el remedio de todos los males, pues de otra suerte Agueda probablemente se hubiera arrojado por una

ventana. Entonces las jóvenes de un carácter dulce y apacible tenían el recurso de los conventos y de la resignación, y las devotas el de la venganza. Agueda tomó este último partido, y voy á contaros la historia de su venganza.

En aquel momento se detuvo Mr. de Ennevers con grande sentimiento mio; pero lo que me dijo entonces con respecto al suicidio, cuya mania se ha jeneralizado tanto en nuestros dias, me ha hecho hacer varias veces muy serias reflexiones. Se rie mucho de algun tiempo á esta parte de ciertos corazones incomprendibles, y de ciertas almas enfermas por decirlo asi, que se sienten mal colocadas en la vida activa de la sociedad, y que sin embargo sufren bastante para separarse violentamente de ella. El espíritu de mofa y de burla se advierte en considerar estos dolores como capricho nervioso del siglo diez y nueve: el cuerpo social, dicen, tiene tambien sus vapores. El grande argumento con el que se pretende negar la existencia de este sufrimiento moral, es que antes no

existia, y que el suicidio no es mas que una monomania, que aparecio ayer y que desaparecerá mañana. Sin embargo este sufrimiento inquieto, esta enfermedad moral de los corazones, para quienes el mundo es una morada de penas, á cuyo embate no pueden resistir, han existido siempre; pero la relijion abria entonces sus asilos á estas almas aquejadas y doloridas; y entonces habia bastante fé para que se entrase en ellos con cierta esperanza de consuelo. En nuestros dias una estufilla de carbon hubiera terminado el drama de madama Lavalier. Si hoy hicieseis el hipocrita de Moliere, Mariana, condenada á casarse contra su gusto, no le diria á su padre, yo me haré relijiosa, sino que hubiera exclamado: yo me mataré: y tal vez hubiera tenido razon; pues cuando los males os amenazan por todas partes, como hoy está el mundo, ¿á donde huireis para sustraeros de ellos?

Yo no diré que fuesen precisamente estas las reflexiones que yo hacia mientras Mr. de Ennevers tomaba un polvo

descansadamente; pero si me acuerdo que me preguntaba á mi mismo, que relacion tendria lo que acababa de oir con Mr. Canotte, su mujer, su hijo, y el jóven músico que continuaba empleando toda la fuerza de sus pulmones en tocar el serpenton. Tal vez hubiera cometido la indiscreccion de interrumpir á Mr. de Ennevers con alguna pregunta impertinente, que le hubiera distraido de su relacion sumerjiéndole en un laberinto tal vez de esplicaciones intempestivas; pero afortunadamente en aquel momento pasaron por delante de nosotros Mr. Canotte y su familia que se retiraban del baile. Mr. Canotte saludó humildemente á Mr. de Ennevers, quien apenas se dignó bajar un poco la cabeza, mientras que madama Canotte miraba hácia otro lado. Mr. Canotte que lo advirtió le dijo con un acento melodioso: mi querida Genoveva, advierte que Mr. Ennevers te saluda.

Yo no vi si la advertencia habia producido su efecto, y si madama Canotte habia vuelto un saludo que no le habian

dirijido porque en aquel momento llamó toda mi atencion ver el nombre de Geneveva dado á madama Canotte, y asi le dije á Mr. Ennevers.

Acaso aquella Geneveva que desempeñaba un encargo tan honroso seria tal vez....

Lo inverosimil y odioso de esta suposicion me detuvo.

¿Pues que no os lo habia dicho? me contestó Ennevers.

No.

Pues bien ese ella misma en persona. Veis ese jergon mal cosido que llaman madama de Canotte; pues hace treinta años era la jóven mas hermosa que he visto en mi vida. Cuando se hallaba delante de su ama, la señorita de Haute-fcuille, era capaz de engañar á cualquiera; bellos ojos, pero siempre bajos, labios preciosos; y un aire de respeto y de submission; pero si pasabais cerca de ella y estaba segura que la devota no la veia, sacaba, no sé de donde, un modo de mirar tan burlon y tan provocativo, su boca se abría á una sonrisa tan signi-

ficativa é interesante , y se volvia de un modo tan particularmente suelto, que podia leerse claramente en todos sus rasgos el siguiente anuncio : os creo dotado de bastante talento para conocer que no soy nada de lo que parezco, y que todo lo que no parezco está á vuestra disposicion. Chamby habia descubierto antes que yo este jeroglífico femenino; y se habia aprovechado de él, pero no presumia que lo que le habia tan bien servido le perjudicaria mucho mas; y que al fin lo perderia todo por los mismos medios de que se habia valido para ganarlo.

En el mismo momento, en la noche misma en que Agueda fue tan cruelmente engañada se organizó todo el complot. ¡Que de maldades se trazaron aquella noche! Agueda se decidió á obedecer, y á los quince dias de aquel funesto accidente se casó con Mr. de Fresnaie, y Julia con su querido primo el vizconde de Chamby. Nadie echó de ver cosa alguna : los rencores de los unos contra los otros quedaron

ocultos en el fondo del corazón, y las dos grandes ceremonias se celebraron con la mayor satisfacción del conde y de la condesa de Hautefeuille que se veían con gusto desembarazados de sus dos hijas, y mas unidos á la familia de Chamby por el casamiento de Julia. Un pequeñísimo incidente, absolutamente indiferente por entonces, ocurrió sin llamar la atención de nadie. Madama de Fresnaie, debía arreglar su casa; mientras la familia de Hautefeuille habia convenido en que Chamby y Julia continuarian viviendo en su compañía en atención á que eran dos niños. Con este motivo madama de Fresnaie se deshizo de Genoveva diciéndole á su madre, que era una excelente muchacha; acostumbrada ya al servicio de la casa, y que seria muy útil á una niña como Julia que acababa de salir del convento, y nada sabia del mundo. Por parte de la condesa era muy natural que no hubiese motivo alguno de observacion; pero lo que mas me sorprendió, cuando supe des-

pues el secreto de todas estas maniobras, fue la admirable facilidad con que Chamby aceptó dicho arreglo. Chamby que sabia las mañas de Genoveva, debia, en mi concepto, haberse mirado mucho; antes de dejar entre sus manos á una joven ignorante de todo. Probablemente Chamby, que al principio de su casamiento estaba estremadamente enamorado de su mujer, se imaginó que la camarera no tomara parte alguna en la vida privada de la vizcondesa, de cuyo lado pretendia no quererse separar jamas ni un momento, ni un minuto. Puede ser tambien que cometiese la falta comun á todos los hombres, que pasan al estado de maridos, que se imaginan alegremente llevar consigo todos los subterfujos y todas las astucias de los amantes, sin ocurrirles que puede haber quien sepa manejar con igual ó mayor destreza las mismas armas de que ellos se han servido para engañar á los demas; ó pudo ser en fin que Chamby aturdido por el feliz resultado de su proyecto, no pensase en na-

da de esto. Con respecto á Genoveva, ella dejó obrar á los demas como sino entrase para nada en este arreglo, y aun parece que tuvo la destreza de hacer creer á Chamby; que no pedia mas que el tiempo necesario para encontrar otro acomodo, y que entonces ella misma se iria llevandose sus remordimientos. Es preciso decir que la tunantuela se hacia con Chamby la celosa desgraciada, y como este era un poco débil, y ella estaba entonces hermosa, y hablaba muy bien, el pobre vizconde se divertia con los ademanes tristes y desconsolados de Genoveva, cuando por casualidad los veia.

La venganza de los devotos es paciente, pero despues de un año de espera madama de Fresnaie empezó á incomodarse viendo la lentitud de Genoveva en desempeñar su comision y talvez nunca la hubiera llevado á cabo si madama Hautefeuille no hubiera dado á esta vívora un auxiliar que le abrió el camino. Este fue un mayordomo hombre intelijente y de mucha travesura,

por cuyo motivo no será fuera de propósito decir á nuestros lectores como fue introducido en casa de Chamby.

IV.

Como ya os he dicho, el vizconde habia disipado todo su patrimonio, y aunque casandose con Julia habia renunciado á la mayor parte de sus malas costumbres, no por eso se habia hecho mas económico; toda la diferencia consistia en que gastaba en su casa y en su mujer, lo que antes disipaba en el juego y en las queridas, no porque no pudiese hacer con el dote que le habia trahido su prima lo mismo que hacia antes.

Otras de las faltas que cometió Chamby fue la de conservar sus antiguos prestamistas para un hombre que toma estado (y os lo digo, pues sois jóven, para que os aprovecheis del aviso) la primera necesidad es romper con todos esos usureros que hacen adelantos á los jóvenes á precios tan escesivos, porque corren el riesgo de no verse nunca reembolsados de su dinero. Chamby habia contraido la costumbre de dejarse robar, y continuaba dejandose robar por negligencia. Todos sus antiguos usureros se habian intruducido en su casa y asidos á un resto, á una bagatela de una pequeña cuenta antigua que quedaba por pagar, le habian formado otras tan bien trazadas segun el estilo antiguo, que al cabo de un año se halló nuevamente empeñado. La condesa lo echó de ver, y comprendiendo que su yerno no era hombre para cortar el mal por la raiz, se encargó ella misma de este cuidado. Por otra parte Chamby tenia demasiado orgullo para sufrir ninguna especie de tutela, y así determinó someterle á una

vijilancia oculta por cuyo medio pudiese sujetarle.

La vieja condesa tenia, entre las personas que dependian de su casa, una especie de procurador que hacia honradamente sus negocios en este pais. Yo me serví de él en otra ocasion, y si bien trasquilaba, por decirlo asi, á sus clientes, á lo menos no los desollaba: este procurador tenia un hijo, educado en su escuela: y en términos de estar al corriente en el manejo de los negocios, pero de otra manera mucho mas fina que su padre, cuyos asomos ó especie de prohibidad trataba de boberia. El tunante se habia formado con respecto á esto un tema que despues le he visto desenvolver con una desfachatez admirable, pero que le ha salido bien. Yo le he oido vanagloriarse en un club de haber arriesgado á su amo; y yo le he visto bajar en triunfo de la tribuna en medio de las aclamaciones de la canalla; despues de haber coronado su impudente apolojia con un ignoble juego de palabras. La convencion nacional, decia, ase-

gura el triunfo de la igualdad y de la libertad cortando la cabeza á los nobles; pero somos nosotros los que hemos preparado este triunfo cortandoles los víveres.

Como al oír esto hiciese yo un movimiento involuntario de sorpresa y de incredulidad Mr. de Ennevers continuó con la mayor viveza.

Lo que acabo de referiros, amigo mio, yo lo he visto con mis propios ojos y lo he oído con mis propios oídos; pero en fin sea lo que quiera vuestra opinion: tal era el hombre que la condesa tuvo la desgracia de escojer para colocarle en clase de mayordomo en casa de Chamby. Apenas habia seis meses que estaba en la casa cuando ya poseia toda la confianza de Genoveva; y esta era dueña de todos sus secretos. Figuraos ahora al joven vizconde entregado á las garras de un Canotte tal como el que acabo de pintaros.

¿Y que sin duda es el mismo que acaba de salir? dije á Mr. de Ennevers interrumpiendole.

Sin duda: el mismo en cuerpo y alma, así como la vieja madama Canotte es la misma que aquella Genoveva. Julian (pues que así se llama) tenía ya entonces todos los vicios que tiene hoy; con la diferencia de que entonces era joven, y divertido. Valiase al dar en prestamo usurario alguna cantidad de tal calor é interés, que inspiraba el mas vivo agradecimiento, y en los asuntos de poca importancia procedia con una sencillez y una especie de buena voluntad, que parecia hacerlo solo para obligaros. Ahora, pues, imaginaos al pobre vizconde entre las manos de este bribon, y á la joven é inocente vizcondesa entre las de Genoveva.

Despues del casamiento de las dos señoritas la casa de la condesa de Hautefeuille habia reverdecido un poco. Madama de Fresnaie, que un año antes parecia una vieja de un humor intratable; se habia vuelto al parecer mas jóven y sin duda mas hermosa, aunque siempre reservada, y en cuanto á la vizcondesa era la cara mas hermosa, y la mujer mas

preciosa que habia en Paris. Tenia ciertas vivacidades adorables, y algunos momentos de tristeza : con ciertas miradas llenas de languidez que la hacian encantadora. Algunas jóvenes hermosas y de buen tono frecuentaban la casa de la condesa, de modo que un hombre de gusto podia asistir diariamente á su reunion sin temor de perder absolutamente el tiempo.

Entre tanto es preciso confesar que Chamby no amaba á su mujer como en los primeros dias de su casamiento; pero yo le estimaba muchisimo y jamas me hubiera atrevido á darle una leccion, á no haber sido arrestado á ello á pesar mio. Yo no se con que motivo habia observado cuando atravesaba los corredores ó antenas, que siempre que descubria á la Genoveva me miraba como si tubiese alguna cosa que decirme. Al principio supuse que seria por su propia cuenta; y á la verdad valia bien la pena de que se la esechase principalmente un hombre como yo, sin ocupacion y sin empeño en aquel momento; pero un dia

que la encontré en un pasillo, la detuve, y no olvidaré nunca la admirable tranquilidad con que me dijo:

«A la verdad, señor conde, que sois tan vivo que no puede una decirlo lo que quiere. Yo no comprendo como haya podido equivocarse un hombre como vos. Os inflamais por dos ó tres señas sumamente inocentes que yo os hecho desde lejos, y no echais de ver que hay á vuestro lado una mujer hermosa que se muere de amor por vos.»

Confieso que en aquel momento me sorprendió aquella declaracion, y aunque Chamby me habia hecho conocer las complacencia contradictoria de la camarera, sin embargo le pregunté en nombre de quien me hablaba.

¡Dios mio! me contestó con la mayor hipocresia: es solo la caridad la que me obliga á ello, pues la vizcondesa no me ha dicho ni una palabra que pueda mirarse como una declaracion; pero está tan distraida estos dias y tan pensativa.... y en medio de sus distracciones se le escapa tan amenudo el nombre

de Ennevers, que verdaderamente me da lastima.

Mientras el viejo de Ennevers me contaba todo esto con una formalidad imperturbable, me parecia uno de aquellos ancianos vanidosos, que se complacen en contar á los jovenes con estilo sentencioso cuentos inmorables, y tal vez mi aspecto debió descubrirle lo que pensaba, pues suspendiendo de repente su relacion, me dijo con un acento paternal: lo que acabo de contaros os parece inverosímil ¿no es verdad? Pues creedme ha sucedido como os lo cuento.

El recuerdo de cuanto habia leido sobre la espantosa desmoralizacion de los últimos años del siglo diez y nueve se presentó á mi memoria, y le contesté con un tono sumiso.

Sí, señor conde, ya sé que fué así.

El conde me miró con cierta sonrisa, y continuó.

Y probablemente encontrareis que una sociedad en la que pasan tales co-

sas es una sociedad corrompida y podrida hasta los huesos.

No soy yo quien lo ha dicho.

Si; lo han dicho todos los escritores filosofos y liberales, en cuyas maximas os han impregnado. Pues bien, yo os aseguro que encontraria justas todas estas declamaciones, por poco que las costumbres se hubiesen mejorado. Es verdad que han mudado, pero ha sido solo bajo una apariencia de seriedad y de hipocresia. Se llama hoy crimen y adulterio, lo que nosotros llamabamos calaveradas y aventuras, pero yo creo que en buena moral, cuanto más solemniceis las faltas, mas culpables os haceis cometiendolas.

Esto podrá ser cierto con respecto á los individuos; pero cede en beneficio de la moral pública, le contesté á Mr. de Ennevers.

Error de jóven sin esperiencia, me replicó con frialdad. A mi modo de ver hay mas moralidad en un pueblo, que obedece religiosamente una mala ley, que en otro, que hace todos sus esfuer-

zos para sustraerse á la ley sabia y justa que le gobierna.

Me parece que no es esta la cuestion. Lo es absolutamente en una aplicacion menos precisa. Para un pueblo el vivir lijeramente á consecuencia de unas costumbres sencillas, es una corrupcion mucho menos grave, que el vivir criminalmente á pesar de una pretension intolerante de austeridad de costumbres; hay la misma diferencia que entre un niño mal criado que disipa neciamente el dinero que se le deja tomar, y otro cazurro y taimado, que aparenta una sumision hipócrita á una autoridad severa, pero que roba el dinero que puede para gastarlo en sus vicios ocultos.

Yo no hubiera creido, le dije á Mr. de Ennevers, que se acusase á nuestro siglo de hipocresia.

Es porque creis que no hay mas hipocresia que la de la relijion; hay otras mil que conocereis un poco mas adelante; pero yo no os esplico ahora un tratado de moral; solamente os refiero una historia y continúo.

Me quedé absorto al oír la franca revelacion de Genoveva, y aunque ignoraba aun sus proyectos, suspendí el darle por de pronto un entero crédito; con todo como no me hallaba en edad de perder tan buenas ocasiones, determiné asegurarme por mi mismo de la verdad. Desde el dia siguiente me acerqué á la vizcondesa: esta me recibió muy mal. Sin embargo esto podia probar lo mismo en mi favor que en contra, por que hay ciertas mujeres, en las que es difícil adivinar si un mal recibimiento es una señal de disgusto, ó el esfuerzo de una virtud demasiado delicada que lucha con una emccion seductora. Yo que ignoraba que Genoveva le habia contado el mismo cuento que á mi de mi ternura para con ella interpreté naturalmente aquel cambio en mi favor; asi como la vizcondesa debió imaginarse que mi asiduidad á su lado era un principio de empresa sobre su corazon. Es muy posible que por un efecto de este manejo oculto que nos impelia el uno hacia el otro, sin saberlo ninguno de los dos,

hubieramos concluido por enamorarnos seriamente, y por mi parte yo empezaba á desenpeñar mi papel con todo mi corazon cuando eché de ver que me engañaba ó que me engañaban, por la aparicion inesperada del caballero de Blanzay.

Este era uno de los hombres mas hermosos de la corte, y por una excepcion bastante rara; solo él no lo sabia. Segundo de una familia del Limosino, pais escaso en buena nobleza, tenia una compañia en el rejimiento que Chamby habia comprado poco tiempo antes de casarse; y fue este mismo quien le introdujo en su casa. Hacia tiempo que Chamby se esmeraba en hacer lo mas agradable posible la reunion en casa de su suegra; necesitaba que el placer de tratar con los estraños hiciese olvidar su ausencia, pues á los tres años de casado habia vuelto ya á sus antiguas correrias. Dinero para ellas no le faltaba, pues Canotte habia encontrado buenos todos los medios para proporcionarselo.

Por este lado el camino habia sido rápido: solo Genoveva se habia queda-

do atrás pues su tentativa con respecto á mi no habia tenido efecto. Sin embargo apenas se dejó ver Blanzay cuando en vez de impeler á su ama por el camino que ella queria que siguiese; solo tubo que desviar los obstáculos, de modo que al cabo de pocos meses, existia ya entre Julia y el caballero una verdadera pasion, muy pura, si se quiere, y muy combatida por ambos lados pero que no podia dejar duda sobre sus resultados aun á los menos perspicaces; y aunque Genoveva se habia vuelto muy reservada, yo me impuse de todo desde luego. Muchas veces tuve intenciones de advertir á Chamby; pero Blanzay se habia hecho mi amigo á pesar mio, era tan franco, tan bello sujeto, y de un caracter tan escelente, que tenia á escrupulo el hacerle traicion. Asi tomé el partido de retirarme poco á poco de casa de la condesa, para ahorrarme el hacer un papel incómodo entre un hombre á quien yo amaba por debilidad como Chamby, y otro cuyas bellas calidades estimaba, y este era Blanzay. El

modo como yo supe todo esto es tan extraordinario, que merece que os lo cuente.

Una tarde de invierno de 1789 yo me encontraba en casa de Chamby: este se hallaba mal en sus negocios y muchas veces necesitaba de mi; y como sucede ordinariamente, iba tanto mas aprisa, cuanto mas embarazado se veia: tomaba dinero prestado con la desesperacion de un hombre que sabe que no puede pagar. Hallábase á la sazón en relaciones con una joven del teatro de la ópera, que pretendia hacer luchar con todo lo que habia entonces de mejor y mas elegante en aquel jénero, de modo que corria á rienda suelta á su ruina. Mientras yo me entretenia en hacerle algunas prudentes reflexiones sobre sus gastos escesivos, le entregaron una carta; al principio la leyó riendose, luego estrujándola lleno de cólera exclamó: por mas que hagan no me desprenderé de ella aunque me engañe.

¿Qué es eso? le dije.

Toma, me contestó, dándome la car-

ta: una pretendida revelacion que me quieren hacer esta noche en la ópera, sin duda con respecto á Sofia.

Os suplico me hagais el obsequio de creer, me dijo Mr. de Ennevers suspendiendo su relacion, que no se trata en manera alguna de la famosa Sofia Arnold. La querida de Chamby era una joven mucho mas hermosa, aunque no de tan elevada condicion como esta famosa intriganta; pero el nombre de Sofia era entonces de moda, gracias al Emilio de ese miserable Rousseau.

No respondí una palabra á Ennevers, y este continuó.

Yo tomé la carta que me alargaba Chamby, y os aseguro que su contenido me dió mucho que pensar. Decia asi.

«Si el vizconde de Chamby tiene á bien asistir esta noche á la opera, palco numero 3 al lado del rey, se le podrá informar á que mujer ha sacrificado el amor de un corazon puro, y los juramentos mas sagrados.»

A Chamby no le habia ocurrido la idea de que todo esto pudiese tener re-

lacion con otra que Sofia, pero yo que habia sabido ya por Genoveva la mala pieza que Chamby habia jugado á madama de Fresnaie, y que habia podido adivinar las malas intenciones de esta contra su hermana concebí otras sospechas; y mientras estaba embebido en mis reflexiones, Chamby, arrebatado por su pasion se dirigió á mi diciendome: y tu tambien: ¿no eres tu de los que pretenden que ella me engaña?

No les respondí una palabra.

No importa, continuó con mas violencia: yo sabré quien es el que pretende mezclarse asi en mi vida privada: y hombre ó mujer le castigaré de manera que no encuentre quien le imite. Yo iré esta noche á la ópera.

Por un movimiento irreflexivo de precaucion arrojé la carta al fuego, y le contesté.

Tu no irás de manera alguna. En esta especie de relaciones la necesidad no existe en ser engañado, sino en dar un escándalo público por semejante mujer, y seguramente es lo que sucede-

ria esta noche si fueses á la ópera.

Chamby no sabia bajo que sentido debia tomar la accion que acababa de ejecutar, pero yo me apresuré á presentarsela por el lado favorable, añadiendo.

Ademas, tu me conoces; seguramente no veo con placer tu inclinacion á esa jóven, pero sé de ciencia cierta que á lo menos tiené lo buena fé de serte fiel: tal es con respecto á esto la opinion jeneral. ¿Y no pudiera ser obra de alguna rival celosa que quisiera incomodarte ó que tal vez espere atraerte de nuevo por este medio misterioso?

Tienes razon, me contestó Chamby. Ademas si tienen tanto interés en hablarme, alli podran encontrarme; pues pienso ir esta noche.

¿Al mismo palco? le pregunté.

Esto me seria difícil pues apenas he leído el número.

No me sucedia á mi lo mismo, pues ya sabia en donde debia encontrar al pretendido máscara denunciador, y des-

:

de luego habia formado el proyecto de ir yo mismo á la cita en vez de Chamby, la gran dificultad consistia en hacer que me tomasen por él, en atencion á que era mucho mas pequeño que yo, y debia suponer que la persona que le daba la cita le conoceria perfectamente. Sin embargo me resolví á intentar la aventura, instalandome muy temprano en el palco, resuelto á no levantarme nunca. Ademas habia encontrado una excelente razon para justificar mi disfraz, y es que la venganza es de tal naturaleza que teniendo la vista fija en el objeto á que se dirige, no ve muchas veces los obstaculos que pueden hacerla tropezar en el camino.

A la hora convenida me encontraba ya en el palco número 3 al lado del rey, escondido á la sombra lo mas que podia. Habia prevenido á la acomodadora que vendrian á busear aquel asiento, pero le deslizé un luis entre las manos, con estas palabras: direis que habeis reconocido al vizconde de Chamby que acaba de ocuparlo.

Todo salió á las mil maravillas, y cuando se presentó la persona que habia escrito la carta entró muy persuadida de que iba á avistarse con el vizconde de Chamby. En el momento que se dejó ver le dije con un tono resuelto. Ya os esperaba: estoy pronto á oír todo lo que queráis decirme.

¿Y porque venis con máscara?

Porque está ahí mi mujer, y no quiero que me vea.

¡Ola! temes que te espíen.

No es eso, le contesté con una cólera bastante bien finjida y con una voccecita chillona que habia adoptado: es porque quiero ver sin ser visto, por lo que yo me escondo.

Esta contestacion hizo un efecto prodijioso; el desconocido se sentó á mi lado, y con una voz de sierpe me dijo.

¿Tu sabes algo sin duda?

Yo sé que Blanzay está aquí... pero dudo aun y deseo tener pruebas.

Las tendrás; me contestó una voz mal disimulada.

Hubo un momento de silencio. Yo temia romperle; presumiendo que el menor acento podria, sino darme á conocer, á lo menos descubrir que no era Chamby á quien se hablaba: pero la pasion lo arrojó todo, y la misma voz continuó.

Si; las tendrás, pero no es esto todo, es preciso que sepas á quien debes esta justa recompensa de tus méritos.

Entonces el máscara me contó con una audacia inconcebible la indigna traicion de Chamby para con Agueda, y despues la resolucion que esta habia tomado de vengarse, y que con este objeto habia dejado á Genoveva al lado de Julia. Me lo contó todo hasta la tentativa infructuosa hecha con ese necio de Ennevers, estas fueron sus propias palabras, y en fin me añadió, que Julia, bien amaestrada por Genoveva habia aceptado ocho dias antes una entrevista que le habia propuesto Blanzay para Ville d'Avrais en una casa de este.

Yo escuchaba sin hablar palabra, con la cabeza inclinada sobre el pecho como un hombre confundido, y no dejé escapar mas que esta espresion dicha con una voz sofocada.

¿Las pruebas?

¡Oh! Las tendreis, me dijo el máscara que ya no finjia la voz, y hablaba como quien tiene segura su presa. Si, las tendreis. La joven que os ha entregado á una mujer de honor, estaba demasiado bien instruida por vos para dejar de procurarselas. Genoveva ha persuadido á la vizcondesa que le entregue las cartas que le escribia el caballero para evitar el que vos las descubrieseis.

¿Esas cartas? insté yo con el mismo tono de voz.

Aqui estan: me respondió.

Yo me apoderé de ellas con un movimiento tan precipitado, que la malvada me dijo con una risa burlesca:

¡Oh! señor; no las apreteis así, que ahí no están todas. Os conozco bastante para haber presumido que sois capaz de

perdonarlo todo despues de haber destruido todas las pruebas; pero no tengais cuidado, que yo poseo aun otras, y estas las tengo á disposicion de mis amigos.

¡Os atreveriais! le dije con la mayor irritacion.

¿Dudais de ello? me contestó con la mayor sangre fria. A la verdad, señor vizconde; que vd. me hará creer que no sabe quien le habla. ¡El despecho os ha quitado el conocimiento hasta tal punto que podais suponer que otra que la que habeis engañado con tanta bajeza se atreviese á dirijiros este lenguaje! Mirame bien, me dijo quitándose la máscara: yo soy Agueda de Hautefeuille.

Eso yo ya lo sabia; le contesté pausadamente quitándome la mia.

Jamas un rayo desgajado de lo alto del cielo ha producido un golpe ni mas rápido ni mas funesto. Esta fue una escena de teatro aun mas terrible que la de la noche que os he contado. Agueda dió un grito, y cayó desmayada. Yo

la confié al cuidado de unas mujeres que servian á la acomodadora, y corri á encontrar á Blanzay, que acababa de ver en el baile.

V



He aquí el motivo que me hizo salir precipitadamente á buscar á Blanzay. Al grito que dió tras haberme visto, Blanzay había dirigido la vista á la casa nuestra. Y al salir con el hecho á los que estaban á su lado entre los que se encontraba precisamente Blanzay. Algunos de los más atentos

V.

He aqui el motivo que me hizo correr tan precipitadamente á buscar á Blanzay. Al grito que dió madama de Fresnaie, Blanzay habia dirigido la vista hacia nuestro palco, y señalaba con el dedo á los que estaban á su lado entre los que se encontraba precisamente Chamby. Algunos de los mas atre-

vidos se consultaban ya como para subir á fin de saber cual era la causa de aquel grito. Esto podia ser el encuentro inesperado de un marido y de su mujer, alguna insigne impertinencia, ó alguna odiosa traicion; en todo caso hubiera sido un escandalo, y no era menester tanto para atraer en un instante un enjambre de curiosos al corredor en donde habia quedado madama de Fresnaie. Yo la hubiera dejado sin compasion desembarazarse como hubiera podido de los dicharachos y zumbas con que no hubieran dejado de abrumarla; pero temia que Chamby se mezclase á esta turba de curiosos, y que la presencia de su cuñada le hiciese formar sobre la carta consabida la misma idea que yo formé; por otra parte aunque en el fondo no la estimase, con todo, no era hombre capaz de dejarla espuesta al desprecio público; hubiera tomado su defensa, y la hubiera sacado de aquel compromiso; y probablemente ella le habria agradecido sus buenos servicios, contando el motivo por el cual habia ve-

nido al baile: he aqui lo que yo queria evitar , y para ello coji á Blanzay y en voz baja le dije:

Subid á aquel palco, ofreced vuestros servicios á madama Fresnaie , acompañadla hasta que tome su coche y venid á buscarme lo mas pronto que podais ; soy de Ennevers. Mi llegada precipitada, y la rapida desaparicion de Blanzay distrajeron la atencion de la ocurrencia del palco, y como me encontraba con la carta atacué tan porfiadamente á Chamby que ya no se ocupó mas que de descubrir quien era el que le hablaba. Yo le pregunté en fin , despues de algunas chanzas alegres si hacia profesion de no concurrir á la cita que le habían dado.

Me dirigió una mirada terrible creyendo sin duda que yo era el autor de la carta antedicha ; y me contestó de un modo bastante provocativo.

Yo creia que eran solo las mujeres las que no firmaban las citas que ellas daban.

Importa poco, le dije, que estascit as

estén firmadas ó no, cuando el que las da no teme acudir á ellas.

Todo esto se asemejaba á una riña, y ya nos miraban y nos rodeaban. Yo veía la cara de Chamby pronta á inflamarse; y como no tenia gana de llegar de réplica en réplica á una escena de violencia, traté de quitarme la careta. Esta demostracion le bastó á Chamby para conocerme, y cogiendome del brazo me llevó consigo diciendome.

—¿Quien es esa mujer?

—¿Que mujer? le dije, sorprendido por la pregunta.

—¡Como! me contestó ¿crees que en el instante que he sabido que eras tú, no he comprendido lo que has venido á hacer disfrazado con mi dominó? Tu has tomado á tu cargo el acudir por mi á la cita de esta tarde, y el grito que hemos oido le ha dado la mujer que me esperaba, y ha encontrado otro en mi lugar.

—¡Diablo! le dije ¿Has adivinado todo eso?

Vamos, no uses de tanta delicadeza;

me contestó riendo. ¿Apuesto á que se quien es esa mujer?

Me será difícil el decirtelo; yo no la conozco.

Chamby me miró muy serio y me dijo algo incomodado. De Ennevers, no juguemos sobre este particular: esa mujer es la mia; estoy seguro de ello; es la vizcondesa que venia á pedirme celos.

Con respecto á eso, te juro por mi amistad que no hay nada.

¿Y me juras lo mismo, añadió siempre con seriedad, que no conoces á la mujer á quien has hablado en mi lugar?

Iba á buscar un medio de distraer á Chamby de la seriedad que usaba en su interrogatorio, cuando se llegó á nosotros Blanzay, y antes que hubiese podido hacerle comprender que era menester que callase, exclamó dirijiéndose á mí:

Amigo mio; ó vos estais deslumbra- do ó habeis querido burlaros de mi: yo no he encontrado allá arriba en parte alguna á Madama de Fresnaie.

¡Mi cuñada! dijo el vizconde, que al menor viento tomaba fácilmente el camino y una vez sobre la pista de una intriga, la desentrañaba admirablemente: ¡mi cuñada! volvió á decir.

Si, replicó Blanzay, es Ennevers quien me lo ha dicho; á menos que como he manifestado, no haya querido burlarse de mi.

Lleno de cólera por su torpeza y no pudiendo resolverme á omitir el separarla, le contesté: pues bien, supongamos que yo me haya burlado de vos.

¡O de mi! esclamo Chamby con acceso de cólera tan violento, que detuvo por un momento la de Blanzay.

¡De ti, Chamby! ¿Estás loco?

Pues entonces es de mi como habeis dicho, me replicó Blanzay con altivez.

Os aseguro que me vi en aquel momento haciendo un papel muy necio entre un marido y un amante que querian haberlas conmigo porque intentaba salvarlos á los dos. Estuve para abandonar el campo, y sin embargo intenté el ultimo esfuerzo dirijiendome á Blan-

zay, de quien estaba mas seguro de sacar partido y le dije.

Tened la bondad de venir á verme mañana por la mañana muy temprano, y sino quedaseis contento de las razones que os daré para esplicar la chanza de esta noche, estoy pronto á daros todos las satisfacciones que querais.

Muy bien; me contestó secamente Blanzay, y cuando iba á marcharse; Chamby le detuvo por el brazo.

¿No es cierto que de Ennevers os ha dicho positivamente que era madama de Fresnaie; á quien hallariais allá arriba?

Si; os lo aseguro; le contestó Blanzay.

Bueno; y en cuanto á la esplicacion que creis deber pedir á de Ennevers, puedo aseguraros que será absolutamente inútil, porque no podrá deciros más que la verdad: es decir, que era verdaderamente madama de Fresnaie la que estaba en el palco; lo restante, os juro sobre mi honor que solo tiene relacion conmigo.

Blanzay le contestó despidiéndose.

eso es de lo que yo iré á informarme mañana á casa de Ennevers.

Yo no sabia donde Chamby queria venir á parat; pero entre tanto me veia metido en un negocio sumamente espinoso, y cuyos resultados no podia prever. Apenas Blanzay se separó de nosotros, el vizconde me pidió le siguiese á un palco retirado en donde pudiesemos hablar con libertad, y conociendo por el tono con que me hizo aquella invitacion que era inútil todo medio de distraerle le acompañé.

Escucha, me dijo en el instante que nos vimos solos. Se trata de un negocio muy serio. Esta tarde, cuando recibí la carta de la cita; creí que se trataba de Sofia, sobre la cual querian alarmarme; pero desde que se que es madama de Fresnaie la que me hace una amenaza anónima, tengo razones para creer que se trata de su hermana.

De tu mujer! le respondí haciendome el ignorante: sin duda has olvidado el contenido del billete que te han escrito. «Se trata en él de hacerte cono-

cer á que mujer has sacrificado el amor de un corazon puro, y los juramentos mas sagrados» Si esto significa alguna cosa, esto significa que has sacrificado á la vizcondesa, es decir, el amor de un corazon puro, y los derechos del matrimonio, es decir, los juramentos mas sagrados, á una querida que te engaña.

Pues precisamente porque me acuerdo de esas espresiones, estoy persuadido de lo que te he dicho, y seguramente, tu lo estabas tambien como yo cuando has arrojado al fuego el billete. Si hubieras creido que no se trataba mas que de Sofia, ni hubieras tomado tanto interés en distraerme de venir aqui, ni sobre todo en venir tu en mi lugar.

A la verdad le dije que no te conozco. Era menester que yo tuviera un interés en ello, suponiendo que se tratase de tu mujer.

Hay dos motivos que han podido impelerte á ello, me dijo Chamby mirandome con seriedad; ó tu interés de amante....

¡Yo! exclamé con una viveza tan na-

tural que Chamby conoció que se habia equivocado.

Pues entonces es el de confidente, me replicó.

Yo podia sin mentir, jurar bajo mi honor que no habia semejante cosa, pero esto no hubiera sido mas que un subterfugio que no me hubiera libertado de las preguntas que Chamby no hubiera dejado de hacerme sobre lo que me hubiese dicho madama de Fresnaie. Juzgué mas conveniente cortar todas estas esplicaciones, diciendole que en todo ello no se trataba ni del billete que habia recibido aquella tarde, ni de su mujer, ni de su querida, sino de un negocio personal entre Blanzay y yo, y que si el nombre de madama de Fresnaie se habia mezclado en el asunto habia sido por una mala inteligencia, que en nada le pertenecia; y corone esta declaracion diciendole, que era menester que hubiese perdido la cabeza para creer que si hubiese alguna cosa que decir de su mujer, fuese su mis-

ma hermana la que quisiese denunciarla.

Chamby guardó un momento de silencio, como un hombre que medita la respuesta que vá á dar; porque debe ser decisiva.

De Ennevers, me dijo luego, espero que nos veremos bien pronto; y cuando nos volvamos á ver yo sabré lo que debo pensar de vuestra conducta.

Yo quise detenerle pero se alejó aceleradamente; y con sorpresa le vi á pocos instantes hablando con Blanzay con una accion tan viva que me dió á conocer que le comunicaba las sospechas que habia formado de mi. Blanzay estaba pálido como la cera: yo sabia que tenia bastante valor para no atribuir aquella emociion á miedo personal, pero temia no se le escapase la verdad. Sin embargo me equivoqué en mis temores, pues en el instante que me vió me hizo seña de que le esperase; y habiéndose desembarazado de Chamby, se

dirigió á mi con un aire furioso, y me dijo:

No será al vizconde, será á mi á quien dareis razon de vuestra perfidia.

Os lo confieso francamente, en vista de este apostrofe me faltó la paciencia: envié á Blanzay á todos los demonios, y le dije que me daría mucho gusto si queria batirse conmigo, y mucho mas si se presentaba acompañado del vizconde.

Yo habia llegado á comprender perfectamente que Chamby habia persuadido á Blanzay que yo era el amante ó el confidente de Julia, y como Blanzay no estaba menos interesado que el vizconde, se habia apropiado la queja y venia á provocarme: felizmente en aquel momento de mal humor me vino á la memoria la hermosa Julia con todas sus gracias, y no queriendo que tuviese un pesar por la increíble torpeza de Blanzay corri detrás de este: no queria oirme; pero al fin fue preciso que me oyese, y supo todo lo que habia.

No podeis imaginaros cual era su confusion, su sorpresa, y al mismo tiem-

po su colera; ya no hablaba nada menos que de esterminar á todo el mundo; pero afortunadamente no habia á quien esterminar, pues nadie va á matarse con las mujeres; y aqui no se podia acusar mas que á Genoveva y á madama Fresnaie; ya se arrojaba á mis pies para suplicarme que salvase á la desgraciada Julia. Habia perdido absolutamente el juicio, pues me propuso como un excelente medio el ir á insultar á Chamby, y matarle para que no supiese nada. A esto le respondi, que el vizconde tenia que arreglar no solo sus propios negocios, sino los que tenia pendientes con los demas, y que en atención á la idea en que estaba de que era conmigo con quien debia haberselas, que dejase toda nueva esplicacion para despues de la que esperaba de mi.

A pesar de todas estas observaciones Blanzay volvía á sus perplejidades, y yo no podia decentemente ni matar á Chamby por cuenta de Blanzay, que era menos amigo mio que el vizconde, ni dejarme matar por él, por-

que esto de nada hubiera servido.

En este desorden de ideas me fijé en la resolución menos mala, y era la de ir á ver á madama de Fresnaie y obligarla ó por ruegos ó por amenazas á que me entregase las cartas que le quedaban, á que negase que fue ella quien escribió el billete de la cita; y á que supiese un asunto entre ella y yo para justificar el lance de la ópera, en el caso de que Chamby fuese á preguntarle algo. Blanzay me habia explicado francamente la incomodidad del vizconde cuando supo que yo estaba al corriente de los motivos de resentimiento que madama de Fresnaie tenia contra él y precisamente la ignorancia que yo habia afectado era lo que hacia creer mi complicidad. Esto podia servirnos suponiendo que yo hubiese tenido algun altercado con madama de Fresnaie con respecto á las confianzas que Genoveva me hubiese hecho. Nada de ello tenia sentido comun; pero era el único partido que nos quedaba en aquellas circunstancias.

Convenidos en esto nos separamos, y nos citamos para casa de la vizcondesa, á quien Blanzay debia prevenir, y acordar con ella el modo de obtener de Geneveva todas las noticias posibles, y en seguida hacerla desaparecer, ó bien á fuerza de dinero, ó en caso desesperado haciendola robar, y ocultandola por algun tiempo en un pueblo lejano.

Al siguiente dia por la mañana muy temprano me diriji á casa de madama de Fresnaie: la hora era intempestiva; pero prescindí de este pequeño inconveniente en la confianza de que con solo hacerla saber mi nombre, se apresuraria á recibirme; pero con la mayor gravedad se me indicó que hasta despues de comer no estaria visible la señora como si nada hubiese entre los dos. Yo estaba furioso. Las tres ó cuatro horas que iban á trascurrir podian decidir á todo, pues en el entretanto Chamby, en su calidad de cuñado podia llegar hasta la condesa y recibir su delacion, pues no era otra cosa; por manera que no nos encontrabamos mas adelantados, que

si ella no me hubiese visto en la ópera. Por otra parte yo no queria volver á mi casa, porque sin duda el vizconde vendria á buscarme, no queria tampoco ir á la suya, porque temia encontrarle en ella, y entre tanto Blanzay debia estar ya con la vizcondesa. En medio de estos apuros entré en la tienda de un memorialista, que habia en frente de la casa de Fresnaie, escribi dos palabras á Blanzay informandole de la causa de mi tardanza y me puse de centinela á la puerta para observar si Chamby entraba ó salia de casa de su cuñada. El sujeto que yo habia enviado con la carta volvi6 á la media hora y me dijo que la habia entregado al mismo Chamby, y me aadi6 que el portero le habia informado segun la orden que le di para que lo averiguase, que el vizconde se habia retirado á las cinco de la mañana, y que despues no habia salido. Con estas noticias estube seguro de saber si Chamby entraba ó no en casa de su cuñada, y asi continué dirigiendo mi vigilancia sobre la puerta.

Llegó por fin la hora que me habían designado sin que Chamby hubiese parecido, y me presenté de nuevo en casa de madama de Fresnaie: me recibió al momento, y al verla sola no dudé que la esplicacion que íbamos á tener debiese ser decisiva. Ella estaba sobre las armas, tan majestuosamente puesta, y la sonrisa con que me acogió fue tan amable, que estuve tentado para creer que habia resuelto atraerme á su partido, y que no hallaría ningun precio excesivo para adquirir un aliado de tanta importancia como yo, pues sabia que la mejor parte de la correspondencia de Blanzay estaba en mi poder, y era muy posible que ella no poseyera ya las cartas que se habia vanagloriado haber retenido.

Aunque madama de Fresnaie hubiese valido diez veces mas que lo que valia; jamas me hubiera puesto de su lado. No obstante de que era hermosa, y aun jóven, le habia quedado á mis ojos cierta tintura de solterona, que me hubiera alejado á mil leguas de ella. Sin

embargo sus primeras palabras empezaron á desengañarme sobre las disposiciones amigables que yo le suponía, pues me dijo con un tono melodioso:

En verdad, señor de Ennevers, que me alegro mucho de veros; se que habeis estado ya aquí esta mañana. Si se trata de algun servicio que pueda haceros, creed que estoy dispuesta á complaceros, y si Mr. de Fresnaye puede hacer alguna cosa, yo le empenaré con el mayor calor para que use en vuestro obsequio de todo su crédito.

Con tal recibimiento me quedé extraordinariamente sorprendido, como podeis pensar; pero me imaginé que la condesa querria tratar á modo de una chanza de la aventura pasada, y así le contesté con el mismo tono.

No es por mí, señora, por quien vengo á suplicaros.

¿Por quien pues? me pregunto con el mayor interés, ¿quien de vuestros amigos puede necesitar de mí? Nombradle; y será tratado como si fuese de los míos.

Muchas veces he tratado de representarme delante de un espejo la cara que yo debia tener mientras que la condesa me hablaba con tanta facilidad e indiferencia; pero jamas he podido lograr que se pintase sobre mi rostro aquel aire de embobamiento y de sorpresa que sin duda tendria oyendola hablar, pues que ella misma conmovida al parecer por mi semblante me dijo.

¿Pero que teneis, Mr. de Ennevers? ¿Ha ocurrido alguna desgracia; se trata de alguna catastrofe?

Señora, le contesté, se trata de lo que ocurrió anoche en el baile de la ópera.

¿En el baile de la ópera! me repuso con sorpresa ¿y que ha ocurrido?

Estoy persuadido de que si á un hombre se le asegurase formalmente que era de dia á media noche, podria hacersele creer que se habia vuelto ciego. Una cosa semejante me sucedió entonces con respecto al testimonio de mis propios sentidos, pero mis asomos de

duda pasaron como un relámpago. Toda la comedia de madama de Fresnaie se me representó compendiada en su audacia inaudita; y no queriendo tener en ella la menor parte, le contesté con bastante firmeza.

Quiero hablar, señora, de lo que pasó entre los dos.

Entre los dos.... en el baile de la ópera... me replicó con cierto aire, como escandalizandose su devota gazmoñería.

Si señora; le dije, de lo que pasó anoche entre los dos en el palco número 3 al lado del rey.

Toda la espresion de su cara se mudó: se separó de mí acercándose al cordón de una campanilla; como si estuviese en presencia de un loco, á quien temiese. Yo habia adivinado lo que iba á hacer, y tenia una opinion demasiado esacta de lo que era capaz para prometerme hacerla salir del sistema de defensa que habia adoptado, y así no lo intenté, pero quise darle á conocer indirectamente mi modo de pensar con res-

pecto á esto, y esclame con un tono aflijido.

En verdad, señora, que hay jentes bien peligrosas en este mundo. Ymájinaos que una mujer, cubierta con su máscara, ha tomado vuestro nombre para contarme las cosas mas odiosas de vos y de vuestra hermana.

Me parece, me contestó con la mayor frialdad, que no debisteis dejaros cojer, porque cuando se trata de maldecir o de calumniar, no faltan medios para evitar el dar oídos.

Es que la historia estaba trazada con una habilidad infernal, le dije, y en seguida me puse á contarselo todo sin omitir una palabra. Ella hacia contorsiones, exclamaciones, daba gritos capaces de haver temblar, pero yo seguia imperterrito mi relacion sumamente contento de llegarle á lo vivo, en terminos que á pesar de su doble coraza de im pudencia logre batirla completamente, pues cuando añadí para dar mas realce á lo dicho la frase siguiente:

Y lo que os sorprenderá mas es que

dicha mujer, que creia siempre dirigirse á Chamby, le habló como si vuestras relaciones con él hubiesen continuado despues de vuestro casamiento.

Entonces no pudo contenerse, y la devota exclamó con una voz de verdulera.

¡Sois un embustero!

Yo me levanté, y la saludé respetuosamente, diciendole. No me han encargado el secreto; voy á hacer reir á mis amigos con esta aventura, y estoy seguro que si llega á oidos de Mr. de Fresnaie le divertirá mucho.

¡Os atreveriais! exclamó, arrebatada por el temor que le inspiraba mi indiscrecion.

En toda esta historia, le contesté, habeis sido tan calumniada como vuestra hermana, y yo sé que la amais demasiado para no querer partir con ella lo que pueda producir de buena opinion.

Madama de Fresnaie se habia ya tranquilizado un poco, y se contentó con decirme:

Antes de publicar esta anecdota os

aconsejo, que vayais á referirsela á mi hermana, y os pido que sigais su parecer sobre el uso que debéis hacer de ella.

Apesar de todo lo ocurrido, nos habíamos comprendido perfectamente, pero yo no había aun llegado al verdadero objeto de mi visita; este eran las cartas que yo queria, y cuya posesion daba á la condesa algunas ventajas sobre mi, porque, por mas que se diga, hay una gran diferencia entre un hecho afirmado aunque sea por un hombre de honor, y otro que resulta de pruebas escritas.

Ultimamente, cuanto mas odiosa fuese la conducta de la condesa, mas increíblelos debía encontrar; y así rompiendo por todo le dije con resolucion.

Entregadme todas las cartas de Blanzay y callaré.

La condesa me echó una mirada aterradora; y me replicó con el mayor desprecio.

¿Vos creéis sin duda las infamias que os han contado sobre la vizecondesa? Yo os creia mas amigo suyo. En cuanto á mi, espero que me hareis el honor de

creer que yo no puedo ser comprendida por nada en todas esas indecencias. Por lo demas ellas me dan motivo para felicitarme de no haber querido jamas poner los pies en lo que llamais baile de la ópera; y afortunadamente no es esta la primera vez que una semejanza fortuita ha servido para desacreditar grandes nombres (esto se referia al ruidoso asunto del collar, que estaba aun muy reciente). Entre tanto sabed que hay jueces para los impostores, y para los bobalicones de todas clases.


Con esto se retiró con un aire de reina, y me fue necesaria toda mi certeza para no dudar de lo mismo que habia visto.

Con todo, segun acontece, siempre en materia de mentiras, la condesa habia descubierto una parte, queriendo ocultar la otra; la suposicion de la semejanza, de la que acababa de hablar; era una confesion por su parte, pues yo no le habia dicho que madama de Fresnaie se hubiese quitado la careta, y ella

hablaba como una mujer que habia cometido esta imprudencia, suponiendo un abuso de semejanza.

No sabiendo que hacer, ni que partido tomar me dirijí apresuradamente á casa de Chamby para prevenir á los dos amantes; mas apenas llegué á la puerta, el ayuda de cámara del vizconde me salió al encuentro para decirme que su amo queria hablarme, y casi al mismo tiempo descubri en lo alto de la escalera al mismo vizconde que me gritaba.

Ven; que todo el mundo te espera con la mayor impaciencia.



VI.

Al llegar á esta frase de su relacion—
todo el mundo te espera con la mayor
impaciencia,—de Ennevers se paró, y
dejándose arrastrar por sus reflexiones,
parecia haber olvidado que yo le escu-
chaba. No sé si esta aventura habrá in-
terésado á mis lectores, pues res-
pecto á mi, la oia de boca de uno de

los actores, la seguia con la mayor ansiedad. Lo que habia de mas curioso era saber como se desenlazaría la embarazosa posicion en que se encontraban Blanzay y la vizcondesa, y Mr. de Ennevers se habia parado precisamente en el momento en que al parecer se acercaba aquel desenlace. La suspension no podía haber venido mas fuera de tiempo, y sea que Mr. de Ennevers no echase de ver mi impaciencia; ó que no tuviese ánimo de hacerle caso, no parecia dispuesto á continuar su relacion.

¿Y que os sucedió con Mr. Chamby? le pregunté despues de un rato de silencio.

Mr. de Ennevers meneó la cabeza, y dirijiéndose á mí me dijo.

He hecho mal en empezar esta historia, y lo conozco mas, á proporcion que adelanto mas en ella.

¿Y por que? le contesté.

¡Ah! ¿por que? repuso sonriendose tristemente; porque vosotros los jovenes juzgais la vida humana bajo dos medidas igualmente falsas. La una es esa moral

reducida á maximas ríjidas, que condena desapiadadamente á la misma pena todas las faltas que llevan el mismo nombre, y que os enseñan á la ventura como una coleccion de aforismos matemáticos; la otra son vuestras mismas pasiones, que os hacen induljentes ó severos segun que vuestra vida tiene alguna semejanza con la que os cuentan; pero la apreciacion justa de una acción está fuera de vuestro alcance.

¿Y por qué sucede así? le dije á Mr. de Ennevers, cuya opinion me parecia poco lisonjera á mis veinte años.

¿Por que? me contestó; porque vosotros ignorais que en la vida no hay ni moral ni principios, ni pasiones absolutas.

¿Que me dice V.? exclamé sumamente sorprendido de semejante profesion de fé.

Escuchadme bien; ¿que pensais que deba hacer un hombre que pretende que su mujer le engaña?

Casi me ruboricé de indignacion en vista de la pregunta que acababa de ha-

cerme Mr. de Ennevers, y con el calor impertinente de un moralista que acaba de salir de la escuela, le di la única respuesta que me pareció conforme.

Debe, le dije, castigar sin compasión á los que le han desonrado.

¡Bravo! dijo Mr. de Ennevers encorriéndose de hombros perfectamente. ¿Y encontráis que un marido, obrando de esta manera, habria observado una conducta admirable?

Seguramente.

Pues, amigo mio, veo que tuve razon para deciros que no debí contaros esta historia, pues Chamby hizo precisamente todo lo que acabais de decir, y por esta misma razon encuentro su conducta admirable.

¿Y qué hizo?

Vedlo aqui. En el instante que llegué á lo alto de la escalera me hizo entrar en su gabinete, y me dijo riéndose.

¡Y bien, mi pobre muchacho! ¿Has sido recibido por la devota, segun creo como un botarga por un mosquetero?

¿Yo? le dije sumamente sorprendido de la entrada.

El tiempo nos falta , me replicó Chamby con viveza ; para que nos entretengamos ahora en hacer un paso de comedia : vamos á lo que nos interesa ; tu lo sabes todo.

¿Que es lo que yo sé?

Antes que mi cuñada hubiese tenido tiempo para desembarazarse de su dominó y de serenarse de la emocion que tu le habias causado, estaba yo en su casa, y me hacia las mismas confianzas que acababa de hacerte á tí.

¿Y tú has creído sus calumnias?

De Ennevers , repuso Chamby con seriedad , yo he contado con tu amistad en esta circunstancia , con que así déjate de todos esos cuentos y ojarasca de que suelen valerse los amigos para adormecer á los maridos. La devota me lo ha contado todo ; me ha dicho que te habia entregado una parte de la correspondencia de Blanzay , y en confirmacion de su dicho me ha dado la otra parte , que tu has ido á pedirle ahora .

¿Y de donde lo sabes?

De la carta que tu has escrito a Blanzay, y que yo he recibido segun la orden espresa que yo habia dado para que se me entregase á mi solo todo lo que hoy llegase á mi casa.

¿Y tu has leído una carta dirigida á Blanzay?

Del mismo modo que tu te has servido de una carta que era para mi.

Es verdad le dije, pero yo lo hice para evitar una desgracia y un escándalo.

No hay duda que lo has logrado; me dijo el visconde encojiendose de hombros.

Blanzay fue tan torpe...

Y aun puede serlo mucho mas y por lo mismo no debemos perder tiempo. Ahora mismo están los dos lamentandose; jurando morir el uno por el otro, haciendo los proyectos mas locos de huida, de rapto... que sé yo; y precisamente es esto lo que yo no quiero. Julia es una niña, y Blanzay no es mas razonable que ella; y asi es menester que yo lo sea por los dos. He aqui lo que he dispuesto. Presentate á ellos y diles que vienes de ca-

sa de madama de Fresnaie , y les harás creer que asustada esta por tu resolucion y tus amenazas te han entregado , á tí , á tí ¿lo entiendes? estas cartas que yo le he tomado una á una. Es preciso que á sus ojos tu comision haya obtenido todo el resultado que esperabas de ella. Solamente , y para esto es menester la esactitud mas escrupulosa , solamente , te repito, ellos se asegurarán delante de ti de que nada falta á esta correspondencia , ni una carta, ni un billete, ni una sola palabra que pueda mañana ser enseñada. Me ha costado mucho trabajo el obtener estas cartas , me ha sido preciso representar un papel verdaderamente trájico para lograrlo; jurar que mataria á Blanzay , que pediria una ruidosa separacion de Julia ; en fin me ha sido preciso persuadir á la beata Fresnaie, que deshonoraria á su hermana , y que yo me pondria en ridiculo. Felizmente se lo creyó todo, y á cada raptó de furor que yo manifestaba , mi amable cuñada saltaba de gozo , y me deslizaba uno de los billetes amorosos de Blanzay como para sazonar un poco el mal que

queria hacerme. En fin hice juramentos tan espantosos, di gritos, y dije tales maldiciones que creo haberlo conseguido todo. Pero esto solo Blanzay y Julia pueden saberlo, y de ello es menester que os asegureis los tres.

- ¿Y despues? le dije á Chamby.

Despues veremos, me contestó; por ahora haz lo que te he dicho, pues por nada de este mundo quisiera dejar en manos de esa furia una carta que pudiese comprometer á la vizcondesa.

Chamby se detuvo, y echandose á reir continuó.

¿Hubieras creído nunca que esa vieja confitura seca, tan almivarada, se hubiera convertido completamente en vinagre y en veneno?

Es que no se perdona nunca una pieza como la que tú le jugaste.

Poco me importa que no me la perdones; con tal que no me la vuelva; pero yo le impediré, si tu me ayudas con todo tu poder.

Estoy dispuesto á cuanto quieras.

Pues bien asegúrate por ahora que

tenemos toda la correspondencia; y si despues la señorita de Hautefeuille, condesa de Fresnaie, se atreve á decir la menor cosa contra la vizcondesa, yo declaro que ha mentido como una revendedora; y si mi querido cuñado no se halla contento, le contaré por añadidura el modo como le he facilitado su casamiento, y andaremos á estocadas los dos.

¡Oh! No llegarás á ese extremo.

¡A ese extremo! me contestó el vizconde. La conducta de Agueda es solo propia de un alma infame y vil. En horabuena que se hubiera vengado de mí, si creia tener derecho para ello; aunque yo le he prestado los servicios mas eminentes que una mujer puede recibir de un hombre; como son el haberle procurado el marido que le convenia, y haberle dado, al menos por un dia un amante cual nunca debia haber tenido.

Vamos que tu no haces las cosas á medias.

Nunca me ha gustado que me señalen

con el dedo; me contestó con arrogancia.

Y sin embargo, sin la llegada de Julia, te hubieras casado con ella.

En ese caso el mal hubiera sido para ella que cometía semejante necedad; porque yo en vez de perder hubiera ganado el millon de su dote sin que ella en cambio pudiera obtener nada de mí. Finalmente, añadió, nada me hubiera importado que hubiera desplegado contra mí toda su rabia, y aun sería este proceder justo; pero contra su hermana, contra una niña, que es la bondad y la inocencia misma, es la maldad mas atroz que puede discurrirse. ¡Y yo he de cooperar á esta horrible traicion!. No, de Ennevers; he aquí lo que no haré nunca. Si Julia tiene un amante: mia es la culpa, pues la he dejado entre las manos de una miserable doncella, cuyas malas mañas no me eran desconocidas y por lo mismo no hubiera sido extraño que la hubiese conducido á cosas peores, porque al fin Blanzay es un hombre de honor, y despues he sido yo quien le ha

presentado á la vizcondesa; mientras que yo me iba á otra parte. En fin yo tengo la culpa, porque soy quien la ha abandonado; pero no obstante la amo entrañablemente y conozco que no puedo quejarme de ella porque ha sido siempre buena para conmigo. A pesar de todo la he arruinado, ella lo sabe, y jamame ha dado la menor queja. No soys ingrato, amigo de Ennevers, y pues que encuentro la ocasion de acreditarle toda la ternura que ella me inspira, yo se la manifestaré. Despues de haber leído y roto esa maldita correspondencia, Blanzay debe ausentarse por algunos meses; yo responderé á todas las insinuaciones de madama de Fresnaie que son otras tantas calumnias; haré como que nada he sabido ni sospechado; tu serás el que los habrás salvado á los dos, Julia no tendrá nada que agradecerme, ni sentirá tampoco el bochorno de una mujer perdonada. Lo haré todo como corresponde.

Yo escuchaba á Chamby que me hablaba paseándose como un jeneral de un

ejército que dicta á su secretario el plan de una batalla; pero de repente se paró y continuó hablando con un tono casi jovial.

¿Con qué madama de la Fresnaie quiere deshonrarme y no se acuerda de haberte visto en el baile de la opera? Pues bien, tampoco yo he sabido cosa alguna por ella, ni la he visto; ella no me ha entregado ninguna carta, y si habla, es una loca, que es menester encerrar en una jaula, ó una malvada, que es menester echarla á la calle; yo le dejo que escoja.

Os lo confieso, me dijo de Ennevers mirándome con un aire un poco altivo; en aquel momento olvidé todos esos bellos preceptos de moralidad de que se componen tantos tratados á tres reales el volumen con cubiertas azules. No consideraba que el mas sublime de los deberes de un marido fuese matar al amante de su mujer, y deshonrar á la que lleva su nombre; y así alargándole la mano á Blanzay le dije.

Ved aquí lo que se llama obrar como hombre honrado.

El vizconde calló por un momento; y luego continuó.

Espero que Blanzay partirá; y que te será fácil obtener esta separacion, habiendoles librado de un peligro tan inminente.

No lo dudes, le contesté.

He aquí las cartas; me dijo entonces examinandolas bien. Si están todas, será un negocio concluido; sino.... entonces veremos lo que hemos de hacer. Entre tanto hazle comprender á Blanzay que á él le corresponde encargarse de la suerte de Genoveva.

¿De que manera?

Éscribes cuatro letras al comisario jeneral de policia para que la transporte á Ultramar.

Si es así, ya te entiendo.

Y tu le ayudarás con tu crédito. Yo te daré además una esquelita para Lenoir, y es menester que mañana esté todo concluido. A Dios, es ya tarde y Sofia me espera.

Y ella no gusta de esperar, le dije riendo, y puede ser que mientras espera...

Que un rayo me parta, me contestó lleno de colera, si la perdono....

Mr. de Ennevers suspendió otra vez su discurso, y mirandome con cierta indiferencia me dijo.

Y bien señor, ¿que pensais de esto?

Hallábame enteramente desorientado. En todo lo que acababa de contarme Mr. de Ennevers veia cierta amalgama de palabras y de sentimientos que estaban en completa disonancia. Que un marido careciese del valor necesario para vengarse de su mujer, nada tenia de extraño; pero este vizconde hablaba al mismo tiempo con la mayor indiferencia de matarse con Mr. de Fresnaie. Que no amase ya á su mujer ni quisiera ocuparse de su vida podia admitirse; pero ¡perdonarla solo por el cariño que la profesaba! Que se hubiese envilecido hasta el extremo de callar; y abandonar el honor de su nombre hay ejemplos de ello; pero decir que guardaba silencio

para protegerla, lo confieso, es cosa que no puedo concebir. Mr. de Ennevers echó de ver mi perplejidad, y contestó á todas las objeciones que yo no le habia hecho.

Vos lo veis, mi querido amigo, esta conducta que yo he encontrado admirable, os parece una debilidad ó una bajeza; y sin embargo supongamos á Chamby un furioso, como los que autoriza vuestro código civil, que sorprende á su mujer y mata á Blanzay. Veamos el bello negocio que resulta de todo esto: un asesinato; tres familias deshonradas; un preso criminal; un proceso de adulterio despues de las revelaciones de los testigos, las pequeñas anécdotas secretas de Agueda y Genoveva: la señorita Sofia puesta en escena por el abogado defensor de Julia, y otras diez á quienes Chamby habia rendido sus obsequios. Mas de treinta personas envueltas en un proceso.

No hay duda, exclamé, pero hubiera triunfado la moral.

¡Valgame Dios! exclamó tambien Mr.

de Ennevers, apurado por mi intrépida
rijidez, no me bareis el favor de decir-
me en donde está esa madama Moral
que habria triunfado? ¿Es rica, ó pobre;
blanca ó negra? ¿Vive en un cuarto
bajo ó en una boardilla? Y si hubiese
triunfado, ¿aquel dia hubiera comido
de carne, ó de pescado como el viernes
santo? La moral; la moral, repitió con
enfado: siempre palabras, y nunca cosas.
Escuchad, continuó, si hay una moral
respetable en este mundo voy á deci-
roslo. Cuando querais hacer una accion
no preguntéis si está conforme con tal
ó cual apotegma escrito, sino si podrá
perjudicar ó no á alguno; al señor tal, ó
á la señora cual; á seres existentes en car-
ne y huesos, y no á ideas abstractas é
impertinentes. Calculad sus resultados
en bien ó en mal; y segun el partido
que elijais os tendré ó por un hombre
honrado ó por un malvado, sin ocu-
parme de si la moral ha triunfado ó no.
Mirando la cosa con vuestro microscopio
madama de Fresnaie vengaba la mo-
ral, y Chamby la abandonaba cobarde-

mente, y sin embargo en esta circunstancia la condesa era una verdadera furia y Chamby un verdadero hombre de bien.

Pero suponed, le contesté, creyendo haber encontrado un argumento incontestable, que Chamby no hubiese cometido todas las faltas de que se hizo culpable; entonces no se hubiera visto reducido á la necesidad de buscar una regla de conducta en el abandono de todos sus derechos.

Pues ved precisamente lo que yo os decia; considerais la vida humana como una regla de aritmética que tiene un resultado invariable. Quitadle sus flaquezas, sus pasiones, sus errores y todo marchará perfectamente, pero estas existen, y una vez que lleguen á desarreglar la manecilla de esta gran maquina, si no la componeis, acabareis por destruirlo todo. Si cae una piedra bajo de la muela de un molino, paradle, quitad la piedra, limpiad el trigo, y todo irá bien, pero si dejais la compuerta abierta, y obligais á la rueda á que se

mueva, la muela podrá muy bien deshacer la piedra pero ó la harina será muy mala ó tambien podrá suceder que la muela y el molino se hagan pedazos y os quedéis arruinado.

La elocuencia de Mr. de Ennevers no me pareció concluyente, pero como yo deseaba mas oír la historia que me contaba, que las consideraciones que sacaba de ella, callé y el continuó.

Desgraciadamente todas las buenas intenciones de Chamby se frustraron.

El hombre ha nacido malvado; así lo creo, y hago esta confesion con toda la humildad posible. Al oír que Mr. de Ennevers me decia, que las bellas resoluciones de Chamby no habian tenido el resultado que él se prometia, esperiménté un cierto movimiento interior de satisfaccion, que contuve temeroso de ofender á Mr. de Ennevers, y sobre todo para no ponerle en el caso de nuevas exhortaciones sobre la vida humana, y así continuó.

Los dos monstruos, Canotte y Genova habian trabajado tambien por su

lado, pues este negocio estaba preparado muy de antemano, y Genoveva no era mujer que abriese la mina y la cargase, sin reservarse un abrigo para cuando se le diese fuego. Cuando Blanzay llegó á casa de la vizcondesa para informarla de la horrible traicion de su hermana, Julia lo sabia todo. Hacia mas de una hora que Genoveva desecha en lagrimas, se habia arrojado á los pies de su ama y le habia confesado que madama de Fresnaie habia estado á verla en secreto, y que por medio de las mas terribles amenazas le habia arrancado el secreto de la correspondencia con Blanzay; que le habia pedido que le enseñase las cartas, y que bajo la protesta formal que le habia hecho de que no queria mas que verlas, se las enseñó, pero que una vez que las tuvo en sus manos no pudo ya recojerlas, porque para esto hubiera sido preciso usar de violencia, lo que no se atrevió á hacer.

Este cuento, por mas increíble que fuese, contado con lágrimas y sollozos por una mujer, puesta de rodillas y dan-

dose golpes de desesperacion en el pecho, habia aturdido á la pobre vizcondesa, que no descubria en todo esto mas que la infamia de su hermana y su propia posicion. Blanzay que habia acudido en aquel momento, tenia bastante que entender con los gritos de la vizcondesa, su desesperacion, y sus temores; y mi tardanza, cuya causa no podian adivinar, porque Chamby habia interceptado mi carta, habia concluido por haberles hecho perder la razon. En estos momentos compareció Cannothe con un plan de salvacion, bien combinado, dispuesto con anticipacion, y que era la cosa mas fácil del mundo hacer adoptar á dos jovenes, que uno y otro se encontraban por la primera vez en igual conflicto, pues suponiendo un hombre de algun conocimiento de las cosas, y una mujer un poco experimentada, jamas hubieran consentido en la enorme necesidad en que se les obligó á incurrir.

Julia salió de su casa por una puerta del jardin, y fue á refugiarse á casa

de una tia suya, que vivia en Auteil, en donde debia de esperar el resultado de una diligencia que Canotte se encargó de evacuar, para impedir que Chamby supiese cosa alguna, y Blanzay vino á buscarme para comunicarme este admirable plan, y habian resuelto en su desesperacion escaparse los dos, y espatriarse, si la diligencia de Canotte no producía el resultado que esperaban.

Os será facil comprender que yo supe esto mucho despues. Saliendo del cuarto de Chamby, en el que tuve con este la sesion que os he contado, me diriji á la habitacion de la vizcondesa en cuya antesala encontré á un criado que me dijo que no se podia ver á su señora. Yo insistí, levanté la voz y con gran sorpresa vi acudir á Genoveva, que me hizo seña que la siguiese y me condujo á un gabinete inmediato. Allí me refirió la huida de la vizcondesa y como yo la tratase como á un miserable, quiso contarme la misma historia que habia referido á la pobre Julia. Yo conocia muy bien á esta malvada para

dejarme engañar por sus enredos, y así la traté como merecía, y me determiné á volver inmediatamente á mi casa para saber de Blanzay y en donde estaba Julia, á fin de que inmediatamente volviese á casa de su marido; y aun estaba resuelto á decirle á este la jenerosidad de Chamby, para tranquilizar á los dos, y disipar el terror que les habia obligado á fugarse cuando el peligro estaba ya lejos. Pero juzgad de mi sorpresa, cuando de repente veo llegar á madama de Hautefeuille, con los ojos desencajados y ademan furioso; diciéndome con un tono altanero:

¿Sabeis lo que pasa?

¡Señora! le dije haciéndole una indicacion con los ojos mirando á Genoveva, para que á lo menos ocultase su indignacion de madre á una criada.

¡Qué! señor; me contestó; ella puede saberlo, pues que ha ocurrido delante de todas las jentes de la casa.

¿Qué quereis decirme? exclamé.

¡Vaya que estareis contento con vuestro Chamby, vuestro amigo!

¡Chamby! ¿Pero qué ha hecho?

Ha hecho, contestó madama de Hautefeuille, que saliendo de su casa ha sido preso como un ladrón.

¡Chamby preso! exclamé.

Si señor, preso por deudas, y por otros negocios vergonzosos en los que ha empeñado toda la fortuna de mi hija.

Esta vez fui mas astuto que lo que habia sido hasta entonces. Descubrí la mano de Canotte y de Genoveva en esta infamia, y dije á madama Hautefeuille.

Señora, ante todas cosas aseguro de esta mujer, y del mayordomo; que ni uno ni otro salgan de casa.

Inmediatamente me alejé sin cuidarme de lo que Genoveva pudiese decir á madama Hautefeuille, para esplicarle la ausencia de su hija, y fui á buscar á Blanzay y á Chamby, y saber de este lo que le habia reducido, siendo un noble, á tan deplorable situacion. Pero esto exige algunas esplicaciones preliminares,

VII.

Chamby, que desde el principio de su casamiento habia tenido el talento de introducir el desorden en la fortuna de su mujer, aun cuando observaba una conducta regular, acabó de arruinarla cuando se entregó de nuevo á sus antiguos desórdenes; y si aun esta ruina hubiera quedado entre sus manos, hubiera sido menos malo, pero no podia ser

asi cuando pasaba por las garras de Mr. Canotte, por manera que Chamby no habia sido preso solamente por deudas puras y simples, ó por letras no satisfechas, sino que en esto hubo cierto negocio que jamás se ha puesto en claro, y cuyo fondo es el siguiente, á lo que he podido comprender, segun los escasos datos que tuve,

Chamby poseia en este pais por dote de su mujer una tierra de un mediano producto, y que podria valer en venta unos sesenta mil francos á lo mas. Un dia que tenia necesidad de treinta mil francos, Canotte se ofreció á proporcionarselos sobre dicha tierra, y nada era mas facil, pues que esta valia el doble que la suma, y todo estaba reducido á dar la tierra en hipoteca: pero no sé porque razones Mr. Canotte persuadió á Chamby que era mas sencillo hacer una venta privada bajo una contra obligacion que reconociese en Chamby el derecho de comprarla á un tiempo prefijado por la misma suma de los treinta mil francos. He dicho que no

sé las razones que Mr. Canotte dió al vizconde para determinarle á hacer aquella locura; y me equivoqué, pues estoy seguro de que no necesitaba ninguna para hacerle firmar á este pobre joven todo cuanto le hubiese presentado. Chamby queria treinta mil francos, se los daban, y firmaba, he aqui todo lo que sabia de los negocios.

Terminado asi este asunto, y despues de uno ó dos años, Chamby hambriento de dinero como siempre, se dirigió á Mr. Canotte. Este le propuso entonces la venta definitiva de la propiedad por los sesenta mil francos, y que reembolsase los treinta mil al primer acreedor. Nada parecia ni mas sencillo ni mas conforme: Chamby recibió en efecto los sesenta mil francos y envió los treinta mil á su primer acreedor; pero he aqui que este pretende ser el propietario absoluto y definitivo; le hablan de la contraobligacion, la niega y pide que se la presenten; la buscan, pero no parece. Entonces se tomó el partido de devolver los sesenta mil francos al último

comprador; pero este rehusa el admitirlos, alegando que su adquisicion es legitima. Inmediatamente el papel sellado toma parte en el negocio, se forma un pequeño, pero oscuro expediente, se aumenta, se engruesa, se irritan las partes, y concluye por una acusacion de estelionato contra la inocente victima, acusacion que por muy grave que se hubiera querido suponer, nada hubiera sido este asunto desde el instante en que se sometiera á la razon, y Chamby hubiera salido puro como la nieve; pero tuvo la desgracia de ponerle como en berlina, de modo que todos los acreedores acudieron á la vez gritando, clamando, pidiendo: la casa estaba inundada de reclamaciones y de reclamantes; tanto mas encarnizados, cuanto que creian que la familia de los Hautefeuille lo pagaria todo para evitar un escándalo. Los viejos declararon rotundamente que no harian nada, y desde entonces Chamby fue considerado como un miserable sin propiedad, y sin honor.

Os cuento todas estas circunstancias por

encima; porque no intervine en ellas, pero bastarán para comprender la infame estratagemas de que se ha valido Mr. Canotte para convencerla de que él la salvaría de la cólera de su marido, y le daría tiempo para huir.

Pero vuelvo á mi salida de casa de Chamby. Corrí á la mia y Blanzay no habia ido, me dirijí á la suya, y no encontrándola en ella le escribí y me hice conducir á donde estaba Chamby. ¡Que mutacion en tres ó cuatro horas! Ya no era aquel joven hermoso, amable, gracioso aun en sus defectos, y tan sencillo en la nobleza de su alma, era una furia que arañaba con sus uñas las paredes de la carcel y que no hablaba mas que de muerte y de venganza. ¿Y de donde procedia todo esto? De una palabra. ¿Y quien habia dicho esta palabra? Un miserable que jamas hemos podido descubrir, ajente tenebroso de esta infernal maquinacion. Ved aqui esa palabra.

En el momento que entregaban á Chamby entre las manos del carcelero,

uno de los esbirros, que le habia arres-
tado, dijo á su compañero en voz baja
pero de modo que pudiera oirlo Cham-
by:—Ahora ya podemos ir á pedir los
treinta luises que la vizcondesa de Cham-
by nos ha ofrecido porque la desemba-
razásemos de su marido.

El vizconde no tubo ni el tiempo ni
la presencia de espíritu suficiente para
cojer á este hombre por el pescuezo, y
obligarle á esplicarse mas, y asi cuando yo
llegué cerca de él le encontré como os
he dicho, en un estado de furor ines-
pllicable; yo fui por el contrario á quien
él agarró por el cuello, apenas entré en
su incierro, preguntándome si tenia aun
entre mis manos la correspondencia de
Blanzay. Sin calcular el resultado que
podia tener mi contestacion, le dije que
habia seguido sus instrucciones. En su
primer trasporte descargó toda su rabia
sobre mi y si hubieramos tenido armas
la escena hubiera llegado á ser sangrien-
ta. Una hora estuvimos encerrados los
dos juntos, y bien podiamos habernos
deverado el uno al otro que no por eso

se hubiera apresurado el carcelero á abrirnos un minuto antes; sin embargo como no teníamos medios para degollarnos, nos vimos precisados á hablar y al cabo de un cuarto de hora logré verlo tranquilo al menos respecto á mi, pues respecto á Blanzay y á la vizcondesa continuaba animado del mas inaudito furor. Las expresiones de aquel miserable esbirro habian hecho en el vizconde la misma impresion que si hubiera sido una verdad emanada de Dios para iluminarle.

Por mas que yo le hacia presente que Julia era una niña amable, sencilla, è incapáz de una tan odiosa y estudiada intriga, nada queria oir. En la especie de presentimiento que yo tenia de la infamia de Canotte, aunque en aquel momento me hallaba descarriado en la oscuridad de tantas intrigas, yo acusaba de todo á este hombre; pero Chamby solo le acusaba de una obediencia ciega. A su parecer era el agente de la vizcondesa, y en su furor acusaba hasta á madama de Hautefeuille de haber tenido parte en su desgracia. To-

dos mis esfuerzos no pudieron llegar á calmarle, y cuando me fui, le dejé aun convencido de que el esbirro había dejado escapar imprudentemente un secreto, que creía no haber dicho mas que á su compañero.

Como os he contado con anticipacion varios incidentes de estos sucesos, tal vez encontrareis estraordinario que no hubiese adivinado, ó á lo menos supuesto lo que habia en todo esto; pero os confieso que me ha sido necesario un estudio muy profundo de la regla maldad de Canotte, para estar solo moralmente seguro de que fue él quien apostó aquel hombre y le hizo hablar. Por mi parte veo en todo esto uno de aquellos rasgos que me parecen admirables en la maldad, por el cuidado que manifiestan por las mas pequeñas circunstancias; y si yo hubiera sido juez, hubiera mejor hecho enroddar (1) á un hom-

(1) Suplicio usado en Francia antes de la revolucion; el cual consistia en romper los huesos de los brazos y piernas del delincuente, colocandole despues sobre una rueda para que allí espirara. (Nota del traductor.)

bre por un rasgo semejante, que por haber asesinado á su amo.

Entre tanto Chamby habia escrito para su suegra una carta en la que la trataba como él pensaba que lo merecia.

Temeroso de que la confiase á un mensajero menos fiel que yo, me encargué de ser el portador, decidido á no entregarla hasta que no estuviera mas sosegado, volví pues á casa de madama de Hautefeuille y aqui presencié una escena peor que la que habia pasado en la carcel. La vizcondesa se habia marchado efectivamente y Blanzay con ella. El escándalo habia llegado á su colmo, y lo mas triste del caso era que nada podia hacerse en este asunto, pues no se sabia ni en donde estaban, ni á donde habian ido. Solo resultaba que se habian escapado, llevándose los diamantes de la vizcondesa por toda fortuna, y que Genoveva, que habia embaucado á madama de Hautefeuille para poder escaparse, les habia seguido.

Canotte se habia quedado solo sobre

la brecha, y jamás hubiera podido yo comprender lo que esperaba sacar aun de todo esto, despues de haber demolido la fortuna del marqués y de haber cojido los mejores bocados, si el tiempo no hubiera venido á ilustrarme sobre la rara habilidad de este hombre. Ved pues en que estribaba la mas sublime parte de su estratejia. Mr. de Hautefeuille, que despues de algun tiempo iba sensiblemente á menos, habia hecho, dictándolo Canotte, un testamento por el cual disponia de sus bienes en términos que Julia salia mucho mas beneficiada que su hermana, y en mi concepto con razon, pues que se habia casado con un hombre sin fortuna, mientras que Mr. de Fresnaie habia aportado bienes considerables al matrimonio. Las disposiciones en favor de madama de Hautefeuille eran todas en usufructo; de modo que un dia ú otro podia tocarle á madama Chamby una fortuna de cerca de ciento cincuenta mil francos de renta. Ya podreis comprender que bella presa deberia ser esta para Mr. Canotte, sobre

todo si esta mujer se entregaba á su albedrio y al de su cómplice; y de esta suerte mientras Genoveva le hacia por un lado perder su honor, Canotte por otro trabajaba para apoderarse de su fortuna. El sabia el paraje en donde estaban; y cuidaba de tenerles al corriente de todo lo que pasaba, ¿y como hubiera podido sospechar de un hombre, que le manifestaba tanto interés?

Seis meses se pasaron en todo este desorden, al cabo de los cuales falleció Mr. de Hautefeuille, de manera que la vizcondesa llegó á tener asegurada una muy buena fortuna, aunque por el momento se encontrase en la miseria, porque su madre permanecia inexorable; pero Canotte estaba allí; y subvenia á todas las necesidades por medio de adelantos que absorbian el capital.

Mientras tanto Chamby se pudria en la carcel, porque ya toda acusacion contra la nobleza lisonjeaba al pueblo y á los dependientes de la curia, y la satisfaccion de tener que juzgar como culpable de estafa á uno de los hombres

mas ilustres de Francia, embriagaba á los señores del tribunal, y les hacia prestarse á todos los enredos que podian perder del todo al infortunado Chamby. En otro tiempo no le hubieran faltado amigos, que le hubieran sacado de su triste posicion; pero ya los estados jenerales se habian reunido y puesto en lucha abierta con el rey, y cada uno tenia deberes mas urjentes que llenar que los de la amistad. Habia mucho tiempo que yo habia entregado al vizconde la correspondencia de Blanzay y de su mujer; este era el unico medio que me quedaba para que en lo sucesivo no pareciesen unos odiosos ingratos con Chamby, porque si hubieran sabido lo que este habia resuelto para salvarlos á los dos, y que á pesar de ello hubieran obrado del modo que lo hicieron, hubiera sido la conducta mas indigna del mundo.

Pero ya es tiempo que yo abrevie esta historia para conducirnos al resultado de todas estas maldades. Madama de Hautefeuille habia muerto, y durante la

revolucion se habian cometido cuantos crímenes y desórdenes habian hecho prever sus principios. Yo estaba en el extranjero hacia ya mucho tiempo cuando vi llegar á Chamby, que al fin habia logrado escapar de la prision, y venia á reunirse con nosotros. Estaba indignado como yo de todo lo que pasaba en Francia, pero este sentimiento no ocupaba mas que el segundo lugar en su corazon; el deseo de la venganza era su única pasion, y no pensaba mas que en esto. Matar á Blanzay y á Julia, y ver perecer en el cadalso á Canotte y á Genoveva, tales eran lo únicos propósitos de este hombre que se burlaba aun de las cosas mas graves. Nada pudo llegar á distraerle de aquella idea, ni la cariñosa acogida que le hicimos, ni los peligros que corríamos, ni la espantosa miseria á la que nos vimos espuestos mas tarde en nuestro destierro.

Entre tanto nada sabiamos de lo que pasaba en Francia sino los crímenes públicos, que están escritos con letras de sangre en esta espantosa historia. Cham-

by se habia imaginado, como yo, que Blanzay y Julia habrian dejado la Francia; y no podia suponer que el caballero hubiese perdido completamente todo sentimiento de honor y de delicadeza, para no aprovecharse de esta circunstancia á fin de reponerse en la opinion de las jentes honradas por medio de una accion brillante; pero no oimos hablar una palabra de él.

Chamby y yo estabamos alojados juntos, pero ya no era aquel el tiempo de los placeres, de las fiestas, y de las cenas opiparas, viviamos medianamente sacando partido de todo, y teniendonos por felices el dia que teniamos asegurada nuestra comida. Yo que no tenia passion alguna que ocupase mi corazon, me mezclaba en todos aquellos pormenores á los que Chamby no hacia la menor atencion. En aquel mundo de proscritos no pudiendo sobresalir por la elegancia y el brillo, haciamos alarde de nuestra paciencia en soportar alegremente nuestra miseria; pero el vizconde nunca tomaba parte ni en los chistes ó agu-

dezas, con que sazonavamos nuestras privaciones, ni en las tretas de que nos valiamos para evitarlas. Todo le era indiferente excepto la idea de la venganza, y vereis cuan fija la tenia en el corazon por el espantoso desenlace que coronó todos sus crimines y los de su cómplice.

Un dia, cuando nuestra posicion parecia mejorarse; pues yo habia recibido algunos luises de un sujeto, que se acordó que yo se los habia presiado, volví á nuestra morada comun á la hora acostumbrada, y no encontré ni á Chamby, ni la pobre suma, que debia hacernos vivir durante algunos meses. Os aseguro que encontré este modo de proceder un poco precipitado, y que traspasaba demasiado los derechos de la amistad y de la desesperacion. Porque es preciso que os lo diga tambien, que siempre he sido poco sensible para cierta clase de jentes que prevalidos de su infortunio se encierran en su egoismo, olvidando todo lo que les rodea, y queriendo dar mas fuerza y valimiento á su dolor con esclamar.

«¿Y tu tambien me abandonas? He aqui como se trata á los desgraciados; estos ya no tienen amigos.» Yo he conocido algunos de estos hipócritas que han sabido sacar muy buen partido de una posicion difícil de la manera mas impertinente, y á quienes nadie se hubiera atrevido á rehusarles lo que podian; eran tan desgraciados! Para ellos eran los mejores bocados bajo el pretesto de libertarlos de su desesperacion y aun asi apenas los gustaban aparentando disgusto y repugnancia. Parecido á estos era el vizconde de Chamby, á quien no podia perdonar la treta que acababa de jugar-me llevandose mi pobre bolsillo. Mi desesperacion llegó á su colmo, le eché mil maldiciones, y no satisfecho con esto principié á tirar los muebles, romper las sillas con la loca esperanza de recuperar por este medio mis luises que eran todo mi recurso, sin considerar que por aquel destrozo iba á contraer una deuda que no podria pagar, cuando vi llegar el unico criado que tenia aquella especie de casa de huespedes en la que

estabamos alojados. Entró, miró friamente el desorden que yo habia hecho: era un aleman, y me dijo con la mayor calma desfigurando un poco su idioma.

Bueno , bueno : ya tendré yo que hacer para componer todo esto. Ved ahora lo que el señor vizconde me ha dado para vos ; y me dió un diario frances.

Yo le recorri con la vista ; y noté un párrafo marcado con lapiz , y el criado , señalándole con el dedo , me añadió.

El señor vizconde me ha dicho que leyendo esto sabréis porque se ha ido.

El párrafo decia asi.

La vizcondesa de Chamby pidió ayer al tribunal su divorcio , y se dice , que se casará inmediatamente con el ciudadano Blanzay. La insercion era en el artículo de Grenoble , en cuyo pais estaban situados todos los bienes de los Hautefeuilles.

No dudé ya de que el vizconde hubiese cometido la ultima imprudencia de

entrar en Francia para saciar la venganza de que se hallaba poseído. Con efecto, el infeliz había encontrado medios para atravesar la frontera y llegar hasta Grenoble, después de haber evitado veinte veces el peligro de haber sido cojido y enviado á la guillotina. Fue á media noche cuando llegó á la casa que Blanzay y Julia ocupaban en uno de los barrios mas retirados de la ciudad. Su llegada produjo una escena espantosa y de la que no es posible formar una idea exacta. Acusó á uno y otra de haber sido la causa de todas sus desgracias, les enseñó la fatal correspondencia, y les manifestó lo que había querido hacer por ellos. Julia se arrojó á sus pies para pedirle perdón. La situación de Blanzay era mas seria. Desde luego comprendió todo lo que había de odioso en su conducta á los ojos de Chamby; trató de justificarse, pero fue tratado con un desprecio tan insultante, que no consiguió otra cosa que humillarse. En fin Chamby había entrado con dos espadas, y ante los ojos

mismos de la desgraciada Julia, y en su misma habitacion se trabó el encarnizado combate, en el que Blanzay fue muerto, y Chamby herido de bastante gravedad en términos de caer moribundo á sus pies. A los gritos de Julia, al ruido de las armas acudieron jentes, que echaron abajo las puertas, que los dos combatientes habian cerrado por dentro. Entre los que acudieron se encontraron necesariamente Canotte y Genoveva, que formaban toda la servidumbre de la pobre Julia y de Blanzay. Estos dos jenos del mal no podian dejar de encontrarse en donde hubiese aun algun crimen que cometer.

Los papeles fueron bien distribuidos. Genoveva detuvo á su ama que queria matarse sobre el cuerpo de su marido moribundo al lado del cadaver de su amante, pues habia conocido toda la enormidad de su falta, y toda la grandeza de alma de Chamby. Por la venganza que acababa de tomar de la traicion de que se creia victima, pudo calcular la nobleza de su corazon. Un emi-

grado que vuelve á Francia á buscar un desafio , y vengarse , no es un hombre de un temple ordinario ; y el que supo castigar tan denodadamente, habria tambien sabido perdonar con igual jenerosidad. Seguramente hubiera sido una felicidad para Julia el que se la hubiese dejado acabar sus dias al filo de la espada que acababa de arrancar de las manos de su marido , tendido á sus pies ; pero se la contuvo en el primer trasporte de su dolor ; y asi tuvo el insupportable sentimiento de ver inmediatamente su casa invadida por esos miserables andrajosos, que llamaban la guardia civica , y se llevasen al desventurado Chamby , espirando , y prometiéndole el cadalso. Si ; se le llevaron todo ensangrentado á un calabozo , de donde le sacaron á los dos dias para hacer caer su cabeza en la guillotina. Y todo esto , como podeis pensar , á consecuencia de una declaracion de Mr. Canotte , que no habia encontrado otro medio mejor para desembarazarse de su antiguo amo, que ir á denunciar su regreso á la auto-

ridad municipal, acreditándose en esto de buen ciudadano.

Esta relacion me habia inspirado un sentimiento tan profundo de tristeza que no pude menos de decir á Mr. Ennevers.

¿Y hablais al hombre que ha tenido tanta parte en un acontecimiento tan horrible?

Si señor, me contestó Mr. de Ennevers; le hablo porque hace veinte y cinco años que ha pasado todo esto, porque soy casi el único que lo sabe; y porque el tiempo borra muchos reuerdos, en términos que es menester una ocasion como la de esta noche para renovarlos y tenerlos tan presentes en mi memoria.

Miré á Mr. de Ennevers con cierta sorpresa y le pregunté qual era la ocasion que le habia renovado la memoria de aquellos sucesos.

La presencia de ese pobre joven; me dijo, de ese infeliz Luciano, que veis allá arriba soplando en el serpenton para que se divierta el joven Canotte.

¿Y que relacion tiene este joven con todo lo que me acabais de contar?

La tiene y muy inmediata, me contesto Mr. de Ennevers, y ved como. Cuando Chamby llegó á Grenoble Julia estaba en dias de parir. La espantosa revolucion que le hizo experimentar la catástrofe que pasó á su vista; y la que la siguió despues adelantaron la epoca del parto. Este hijo desgraciado, que estais viendo, nació ocho dias despues de la muerte de su padre, y seis de la ejecucion de Chamby. Por grande que fuese el desorden que reinaba en la sociedad no estaba tan completamente desorganizada que no se hubiera podido hacer pasar á este niño por hijo de Chamby para que fuese de esta manera heredero legitimo de su madre. Esta se moria y su único cuidado era pensar que su hermana (y la Fresnaie no hubiera dejado de hacerlo) se apoderaria de todos sus bienes y enviaria á su hijo al hospicio. Canotte, hombre experimentado en negocios encontró un medio admirable para asegurar esta fortuna al niño: este

medio consistia en hacersela dar por una venta simulada, á fin de devolversela mas tarde. La nueva ley que habia prohibido los fideicomisos, y determinado los derechos de los hermanos sobrevivientes, no dejaba otro camino. Pero esta vez Canotte fue engañado por uno mas astuto que él; efectivamente dió á la vizcondesa un modelo de todos los documentos necesarios para verificar esta trasmutacion de fortuna, pero al nombre de Canotte habiase sustituido el de Genoveva Brulart. Ella conocia bastante al hombre con quien se habia asociado para saber que una vez rico la hubiera despreciado, y asi tuvo la destreza de apropiarse la fortuna. La vizcondesa murió en medio de las protestas mas solemnes de estos dos bribones, que le presentaban á su desgraciado hijo, diciendole que la fortuna de este estaba entre sus manos como un depósito sagrado, que le seria devuelto religiosamente. Julia murió dandoles crédito.

Decidme ahora, continuó Mr. de Ennivers, si es cierto que los que estan en el

otro mundo saben lo que pasa en este, ¿creeis que Julia pueda ver á estos tres infames Canottes, ricos, considerados, pavoneandose en este salon, mientras su pobre hijo está obligado á soplar como un condenado en un instrumento tan innoble? creeis, repito, que su alma se halle bastante desprendida de toda pasion terrestre, para no rogar á Dios que tuerza el pescuezo á esos ignobles especuladores, para que no tarden á ir, á pesar de sus devotas gazmoñerías, á ser quemados entre los mas infames asesinos que han deshonorado la naturaleza humana?

Al concluir estas palabras Mr. Ennivers me dejó, viendo que venia su hija á buscarle, y yo volví al salon para ver y oír al serpenton que continuaba impasible dando sus dos notas. Habiéndose concluido el baile, le vi tomar tranquilamente su instrumento debajo del brazo. Al pasar por delante de mí, Mr. Brisard se llegó á él y le dijo.

Si quereis ir á la cocina, os darán de cenar.

Estas palabras me partieron el corazón. El pobre jóven se ruborizó: pero despues de un instante de perplejidad, fué á la cocina. ¡Tenia hambre!

FIN.

ANUNCIOS.

NAPOLEON

POEMA

POR D. JOSE ANTONIO SAZATORNIL.

Un tomo en 8.º menor, impresion de lujo. Se vende á 8 rs, en Madrid y 10 en las provincias franco de porte.

PETRITA

POR

H. BALZAC.

Dos tomos en 8.º menor encuadernados juntos. Se vende á 8 rs. en Madrid y 10 en las provincias franco de porte.

EL MONASTERIO

POR

WALTER SCOTT.

La traducción de esta novela está hecha con el mayor esmero por uno de nuestros literatos de nota. La obra consta de dos tomos que se han publicado por entregas. El precio de cada tomo es 16 rs. en Madrid y 20 en las provincias franco el porte.

OTHON EL ARQUERO

POR

ALEJANDRO DUMAS.

Un tomo en 8.º menor. Se vende á 8 reales en Madrid y 10 en las provincias franco el porte.

Estas obras se hallan de venta en el Gabinete Literario, calle del Príncipe, núm. 25.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740319571

